

*Ercole Lissardi*  
**LA EDUCACIÓN BURGUESA**

## I

¿Cómo alguien llega a casarse con una persona a la que no conoce en absoluto? De muchas maneras, por supuesto. He aquí una de ellas.

Debo comenzar diciendo que toda mi vida he profesado a mis padres el más cabal de los amores filiales. Fue así, sin duda, porque de ellos nunca recibí sino excelentes ejemplos de las mejores actitudes y de los mejores sentimientos. Sofía y Pedro, esos son sus nombres, están unidos no sólo por el amor sino, además, por una tierna y profunda amistad, fuente inagotable de tolerancia y armonía en su vida cotidiana. A su vez están unidos en amistad con Raúl y Mariana –“los González”, como los llaman mis padres; ellos, a su vez, llaman a mis padres “los Ferreira”-, un matrimonio con el cual, a lo largo de décadas, han compartido numerosas experiencias, desde cursos de jardinería a noches de teatro, y a viajes de placer al extranjero. Es la amistad ideal de cuatro personas de excelente temperamento que comparten gustos e intereses, y que no se contradicen prácticamente nunca, en nada. Ese entendimiento genial me causó siempre la mayor admiración, y así como jamás hubiera hecho nada que pudiera perturbarlo, secretamente he anhelado –como forma de participar en él- la ocasión de hacer algo que de alguna manera contribuyera a la plenitud de esa relación. De la manera más inesperada la ocasión se me presentó, finalmente, hace ahora ya cuatro años, cuando estaba finalizando mis estudios universitarios.

Los González tienen una hija, Mónica, a la que en realidad yo conocía poco. En primer lugar porque los González vivían, y siguen viviendo, literalmente en el otro extremo de la ciudad. Nosotros vivíamos en Punta Gorda, y ellos, en Lezica. De niños Mónica y yo nos habíamos visto con alguna asiduidad. Recuerdo en particular las cenas de fin de año, que los González y los Ferreira compartían invariablemente. Pero también fue obstáculo para que de pequeños no hicieramos amistad el peculiar carácter de Mónica: era una niña –y luego una muchacha- demasiado seria, retraída, ceñuda, que prefería leer un libro a trepar una duna, andar en bicicleta, o trepar a la azotea a contar estrellas. Después, muy joven, Mónica se casó. Asistí a su boda. El novio era un señor de aire severo, mucho mayor que ella en edad, al punto que –tal como le oí comentar a

Sofía- parecía ya no su padre sino su abuelo. Recuerdo que, junto a aquel señor, Mónica me pareció más absorta y ceñuda que nunca.

Años pasaron sin que la recordara, en absoluto, antes de que volviera a saber de ella. Por entonces yo ya vivía solo, en un pequeño apartamento en el Cordón, trabajaba de sol a sol, y preparaba los últimos exámenes para recibirme de contador. Cultivaba por entonces un noviazgo sin definiciones con una rubieca, Camila, a quien había conocido como cajera del súper de Arenal Grande, algo caprichosa pero querendona al punto de que me había impuesto su tendencia a instalarse en mi apartamento los fines de semana con el solo objetivo de atiborrarme de todo tipo de dulzuras –incluidas las culinarias- hasta dejarme completamente empalagado.

Todo comenzó un domingo en que, pese a las carantoñas que me hizo Camila, zafé de la dieta habitual zarpando hacia los suburbios para almorzar con mis padres. Sofía preparó ravioles caseros. Excepcionalmente, al hervir el agua no se le desarmaron.

-Con la edad llega la maestría –comentó guiñándome un ojo.

-También me gustan destortalados –me atreví a afirmar mientras rociaba el plato con queso rallado.

-Sin embargo te quejabas. Había que obligarte a comerlos.

-No es lo que yo recuerdo –mentí.

-Si seguís poniendo queso rallado no le vas a sentir el sabor a la salsa –intervino Pedro.

-Papá: te recuerdo que pertenezco a una generación adicta al ketchup, la mayonesa y el queso rallado Mi paladar ya está arruinado. No tiene arreglo.

-O sea que en esto no se puede esperar que madures –concedió Pedro, comprensivo.

-Nop.

-Habrá que esperar a que te cases. El matrimonio es la verdadera escuela del hombre.

-Espero ansiosamente esa instancia –respondí juicioso.

-¿Lo decís en serio? –preguntó mamá, ilusionada.

-Te aseguro que en cuanto encuentre a la candidata, me caso –le aseguré por enésima vez, y por cierto que esa era mi idea. Teniendo a la vista un ejemplo como el que me daban mis padres, el matrimonio me parecía, bien logrado, un auténtico paraíso.

Fue al servirme el segundo plato de ravioles que Sofía me soltó la novedad.

-Mónica se divorcia –dijo.

-¿Quién? –pregunté, auténticamente desconcertado.

-La nena de los González –aclaró Pedro, atento al tema.

-Mirá vos... Increíbles los ravioles. Voy a reventar. Efectivamente estás en el nivel de la maestría.

-Podés dormirte una siestita antes de volver al Centro –sugirió Pedro.

-Sin hijos –insistió Sofía.

-¿Cómo? –pregunté, otra vez desconcertado.

-Que Mónica se divorció sin hijos –explicó Sofía, como quien exhibe una prenda intacta.

-Mejor así –comentó Pedro-. Los hijos son los que más sufren el divorcio.

-Claro –coincidí, aunque era uno de los lugares comunes en los que nunca había meditado.

-Si vieras qué linda está. Preciosa –insistió Sofía.

-Era el marido el que no podía tener hijos –aclaró Pedro.

En principio para nada me sorprendía el interés de mis padres en las idas y vueltas de la hija de los González. No sólo porque eran sus amigos del alma: Pedro había sido médico, Sofía había sido maestra, y ahora, jubilados, difícilmente podían reprimir la inercia, arraigada en sus almitas, que los inclinaba a preocuparse por la vida de los demás. No era raro que al visitarlos tuviera que soplarle las desventuras de Rosita la modista o del quesero de la feria.

Fue con el mousse de chocolate que Sofía finalmente mostró su juego abiertamente.

-Para el sábado que viene invitamos a los González a cenar. Vienen los tres. ¿No te animás a venir? Sería lindo. Todos juntos como en las cenas de fin de año. ¿Te acordás?

Debo decir que soy particularmente sensible al carácter irrevocable del paso del tiempo. De niño descubrir éste, el más natural de los fenómenos, me provocó no pocas angustias. El tiempo pasa, especialmente para nuestros padres. Súmese a esto la delicadeza de la afectividad que nos une y se comprenderá que me fuera difícil rechazar la invitación, aunque como cualquier persona normal no me hiciera ninguna gracia ver a nadie, ni siquiera a mis padres, meter las narices en un asunto tan privado como lo es la búsqueda de pareja –cosa que, intuí, era el trasfondo de la invitación.

-No sé, mamá. Dejame ver. Te digo en el correr de la semana –protesté débilmente.

-Dale ese gusto, che –pidió Pedro-. Está de lo más entusiasmada. Ayer se pasó horas planificando la comida.

En realidad rara vez mis padres me pedían algo, de manera que la insistencia de Pedro terminó con mi resistencia.

-De acuerdo, vengo –prometí.

La rambla es especialmente hermosa al principio de la primavera. Los rigores del invierno nos alejan de ella, pero apenas vuelve a brillar el sol volvemos a frecuentarla y nos fascina, como si apreciáramos por primera vez el espectáculo de la inmensidad azul y celeste. Conduciendo hacia el Este el sábado al anochecer me encontraba, en realidad, en la mejor disposición para disfrutar del evento interfamiliar. No estaba mal, después de todo, un poco del agujón agridulce de la nostalgia. Tengo poca inclinación hacia la nostalgia, lo cual no significa que sea incapaz de gozar de sus dulces alucinaciones. Por lo demás, estaba claro que el planificado reencuentro, ocultara –y ni tanto- las intenciones que ocultara, habría resultado incompleto sin mi presencia, y decepcionar a mis padres no está en ninguno de los renglones de mi agenda. Para completar el cuadro diré que, por debajo de mi moderada euforia, lo que había era un sentimiento de alivio, de liberación casi: ya ni recordaba cuántas noches de sábado hacía que me sometía a las encerronas de Camila. Ventilarme un poco me venía bien. Por la tarde, fingiendo una y otra vez renovados ataques de pasión, Camila se ocupó de que realizara mi salida de la rutina con la libido perfectamente exhausta. Mientras me sometía a semejante tratamiento “amoroso” intuí claramente que los días de esa relación estaban contados.

Pedro es melómano, de raza culta. Nos sentamos en la hamaca del jardín a esperar a los González, acunados por las Variaciones Goldberg. Conozco, nota por nota, las Goldberg. En mi más tierna infancia Pedro las utilizaba para dormirme. Hasta hoy, cuando estoy pasado de rosca las utilizo para relajarme. Sofía se aclaró la garganta y habló, adoptando el tonito confidencial con el que acostumbra referirse a asuntos que juzga de importancia superlativa.

-Te pido por favor, Ernesto, que seas especialmente atento con Mónica. Está pasando un momento difícil.

Pedro salió de inmediato en apoyo de la gestión.

-Si, che, no es fácil el divorcio para una muchacha joven. Aunque sea la mejor decisión, es siempre un fracaso –sentenció.

Los vi tan expectantes respecto de mi actitud hacia Mónica que no pude menos que tranquilizarlos.

-No estén preocupados –les dije, apenitas burlón-: Sabré comportarme a la altura de las circunstancias.

Y agregué, apenas conteniendo una sonrisa:

-La voy a tratar con la delicadeza con que se trata a una hermana.

Sofía alzó las cejas –que es lo que hace cuando las cosas se le descarrilan y no puede hacer nada al respecto sin mostrar su juego- y Pedro, aclarándose la garganta, comentó:

-Bueno, hombre, no es para tanto –y como para sí-: Ya sabés cómo es esto. Tampoco a las mujeres les gusta ser demasiado respetadas.

-¡Pedro! –protestó Sofía, y dejaron el tema.

La discreta magia de nuestra noche nostálgica se acentuó cuando vi detenerse frente a casa el mismísimo viejo Escort rojo bermellón que los González tuvieron desde siempre. Nunca cambiaron de auto, y no porque no pudieran. Eso decía no poco de la manera de ver el mundo de los González. Y de los Ferreira, que en eso eran idénticos. Al detenerse el auto, sonó el bocinazo. La misma vieja costumbre de Raúl González de saludar, al llegar y al partir, con un toque de bocina. La bocina, por cierto, sonó un poco gangosa, como pidiendo a gritos ser reemplazada. Raúl y Mariana bajaron del auto. Él grandote y ella pequeñita, él canoso por completo y ella teñida con uno de esos teñidos exagerados y evidentes.

-Buenas y santas –saludó el vozarrón que Raúl sacaba sin el menor esfuerzo.

Pedro y Sofía se adelantaron para recibirlos. ¿Habrían venido solos? ¿Estaría Mónica tan mal, consecuencia de su divorcio, como para no querer ver a nadie? En ese momento se abrió la puerta trasera del auto, la del lado de la calle y bajó Mónica. Bajó mirando directamente, más allá de donde los González y los Ferreira se saludaban –sin demasiadas efusiones ya que, al fin y al cabo, se veían bastante seguido-, hacia donde yo estaba, como si quisiera comprobar que su presencia despertaba en mí alguna expectativa. Su mirada se encontró, efectivamente, por un instante, con la mía. En la duración de ese instante mi visión periférica comprobó que Mariana –nerviosa de cuello como un pájaro, su gesto característico- captaba ese fugaz encuentro de miradas, como si hubiera estado esperándolo. No me sobresaltó sospechar que todo aquel asunto nostálgico pudiera ser en realidad un complot global: ¿podía, al fin y al cabo, ocurrírsele a los Ferreira una idea que los González no compartieran? Difícilmente.

Como mis padres, Raúl y Mariana sobrellevaban bella y dignamente el progreso de la edad. Energéticos y sonrientes, se acercaron a saludarme.

-Tanto tiempo sin verte, muchacho –dijo Raúl con aquel vozarrón de mando que de chiquilín me impresionaba tanto. Alguna vez, teniéndome sentado en sus rodillas me había convencido de que en sus años mozos había sido pirata, y que se necesitaba un verdadero vozarrón para gritar “¡Al abordaje!”.

Me dio un abrazo fuerte y me palmeó la espalda. Mariana también me abrió sus brazos. Cuando le besé la mejilla recordé el disgusto que me producía su piel, siempre pegajosa y fría, vagamente olorosa a cosméticos. Pensé que, totalmente a oscuras, reconocería sin vacilar a Raúl y a Mariana, a Raúl por la voz, por más que la disimulara, y a Mariana por esa piel que me parecía tan desagradable.

Lo que realmente era singular en aquel hombre ancho como un ropero y con manotas como mazas, era su singular oficio, que dominaba con maestría por demás reconocida: era pintor de miniaturas. Su pasión por lo pequeño explicaba, seguramente, que se hubiera casado con aquella mujer no sólo pequeña sino además, menuda. Menuda y movediza como un pájaro, y siempre con las emociones a flor de piel.

El producto de aquella pareja despareja, Mónica, se les parecía poco. Así como eran sus padres de peculiares en su apariencia y de expresivos cada uno a su manera, era su hija de discreta, tanto en la apariencia como en la actitud. “No es ni linda ni fea” pensé después de tantos años sin verla “pero sigue siendo mustia”. Y me pregunté cómo era posible que seres tan estentóreos –cada uno en su registro- como los González hubieran producido a un ser tan desanimado. Vestía con la sobriedad insípida de una monja, y en negro y gris, como si en vez de divorciarse hubiera enviudado.

Me tendió una mano débil, pero suave y cálida. Y me sonrió con una sonrisa en la que podía leerse cualquier cosa menos alegría por volver a verme. Sentí alivio: aparentemente el tal complot –si lo había- no incluía a la principal interesada.

-Hola ¿cómo estás? –musitó.

-Bien ¿y vos? –respondí, tratando de sonar verdaderamente interesado.

-Muy bien –dijo, pero sonó como si estuviera aún en plena convalecencia.

Noté que los González y los Ferreira observaron nuestro saludo con tal atención – diríase que con tal expectativa- que las sonrisas que les valió nuestro breve intercambio bien pudieron haberse trocado en aplausos.

La cena transcurrió con la placidez y la simpatía que siempre habían sido la norma en las reuniones con los González. Sofía se lució con su mesa de carnes frías y ensaladas. Con Mariana recordaron otras cenas compartidas y otros menúes. A Raúl no lo dejaron explayarse demasiado con su metafísica de lo grande y lo pequeño a partir de tópicos clásicos como el de cuántos ángeles pueden bailar en la punta de una aguja, o el de cómo hacer para pasar un camello por el ojo de una aguja. (Cuando tocó este último tema no pude evitar imaginarlo tratando de enhebrar a su diminuta esposa. Seguramente que a ninguno de mis compañeros de mesa le vino a la mente la evidente analogía).

Pedro fue el que cambió de tema, haciendo notar que llevaban ya cinco años sin viajar, y proponiendo Machu Pichu como próximo destino abrió un entusiasmado debate. Mónica, por supuesto, no participó en la conversación, concentrada en cortarse bocados cada vez más pequeños –hija de miniaturista al fin y al cabo- al punto que con una sola feta de roast beef se entretuvo toda la cena. Para mí que, como era de esperar, fui sentado a su lado, no tuvo una sola palabra, no digamos una mirada. “Mejor así” pensé. “Estamos de acuerdo”.

Se brindó por el nuevo proyecto de viaje. Fue entonces que, para mi sorpresa, mirándome directamente a los ojos, como si sólo de mi dependiera y Mónica fuera a plegarse a mi decisión, Mariana soltó:

-¡Y qué lindo sería que esta vez ustedes nos acompañaran!

-¿Eh? ¿Qué les parece, muchachos? Todo pago –remachó Raúl, como si estuviera recitando parlamentos memorizados de antemano.

¡Como si fuéramos un matrimonio! La verdad es que quedé de una sola pieza. No esperaba tanta audacia. Quedaron callados, mirándome, cuatro pares de ojos atentos a mi reacción. ¿Y Mónica? Nada. Paciente y minuciosamente retirando un hilito de grasa de su filete, como indiferente a todo lo que la rodeaba. No la inmutó siquiera el denso silencio que se hizo. Como si simplemente no hubiera oído la propuesta, o como si también para ella de mí y sólo de mí dependiera que ella llegara a conocer, o no, las alturas de Machu Pichu.

-¡Machu Pichu! ¡Ojalá pudiera! Pero de aquí a marzo tengo agendados todos los exámenes que me quedan. Estudio hasta los domingos –respondí finalmente, fingiéndome apenado por no poder aceptar. Al fin y al cabo, siendo la primera vez que el cuarteto incluía a su descendencia en sus maravillosas aventuras turísticas, se suponía que debíamos de sentirnos muy honrados por la invitación.

Como evidentemente mi respuesta era decisiva, no se molestaron en preguntarle nada a Mónica, quién, por supuesto, ni se inmutó.

Pocas veces había visto a mi querida comandita sentarse a jugar al rummy-canasta. Seguramente que sentarse a conversar escuchando música –los he visto en ese plan innumerables veces- les produce mayor placer. Y estoy seguro de que nunca los había visto sentarse a jugar al rummy después de cenar delicias, cuando la sensualidad satisfecha suelta la lengua y el ingenio. Obviamente que la mano de rummy que se les antojó aquella noche tenía por objetivo liberarnos de su compañía, es decir, obligarnos a hacernos mutuamente compañía.

Salimos, pues, al jardín Mónica y yo, y nos sentamos en la hamaca. Era una noche perfecta de fines de primavera, con el cielo estrellado, apenitas fresca. Una de esas noches que, después de padecer las largas noches de invierno, dan ganas de pasarla al aire libre, y en las que sólo renegando se va uno a dormir. Muy convenientemente, no tardaron en invadir la penumbra del jardín los lamentos apasionados de un nocturno de Chopin, dulzón como el aroma del jazminero que Sofía tiene junto a la hamaca en un macetón. Me pareció que Mónica sentía el fresco, y me ofrecí a traerle un abrigo.

Cuando entré en la sala de estar los cuatro se volvieron hacia mí, expectantes, como si pudiera estar trayéndoles, ya mismo, una noticia importante. Le pedí a Sofía algo para los hombros de Mónica. Más que enfrascados en una partida, los cuatro parecían figurantes haciendo como que estaban enfrascados en una partida. Me irritó un poco que me hubieran puesto tan fácilmente en aquella situación, haciéndome sentir que de mí dependía su felicidad. Irritado, me pareció que había algo antinatural, endogámico, incestuoso en ese querer encerrar completas a las dos familias en un solo círculo.

-No los veo muy concentrados en el juego –dije, con una puntita de ironía en el tono-. Más bien parecen una pandilla de conspiradores.

Hubo risitas forzadas, pero desconcertados, no supieron qué decir que no los deschavara antes de tiempo. Sofía me trajo su chalina favorita, la que ni ella se ponía de tanto que le gustaba, y me dijo, sin fingimientos ni disimulos, como si los nuestro fuera ya no un noviazgo establecido sino directamente un matrimonio:

-Decile que se tape bien el cuello –como si la frágil Mónica estuviera ya embarazada.

Mónica se envolvió en la chalina y, siguiendo las instrucciones de Sofía –que transmití sin aflojar en la ironía- se cubrió bien el cuello. Dejamos que el silencio de la noche, suavemente musicalizado, nos impregnara, relajándonos.

-Es lo que siguen teniendo los suburbios, este silencio –dije, por decir algo.

-Lezica es igual –respondió desde su ensimismamiento habitual.

-¿Dónde vivías de casada?

-En Pocitos. ¿Vos dónde vivís?

-En el Cordón.

Parecía que las palabras quedaban flotando en el aire, como estancadas, esperando que otras palabras vinieran de una vez a suplantarlas. Pero no venían. Como que no podíamos actuar, conversar con naturalidad, diciendo palabras sinceras. Todo era demasiado evidente y forzado.

De pronto la pájara Mariana irrumpió, como si la curiosidad y la impaciencia ganara al cuarteto, como para chequear si por lo menos ya estábamos haciendo manito.

-Estamos tomando un cognac ¿ustedes quieren?

-No, gracias –respondió Mónica, un tanto bruscamente.

-Está bien, ya me voy, ya me voy –soltó la pájara como si de la brusquedad de Mónica pudiera deducir que había interrumpido algo importante.

Todo se deslizaba irresistiblemente hacia el grotesco. Entonces Mónica me sorprendió.

-¿No te da la impresión de que somos objeto de una especie de conspiración? – preguntó bajando la voz y sonando francamente molesta. Me pregunté si estaba en el complot y astutamente, comprendiendo que aquello era demasiado obvio, optaba por dejar claro que no tenía nada que ver, o si realmente estaba por fuera y pensaba que yo formaba parte del complot y quería dejarme bien claro que el asunto la desagradaba.

-Sí, algo se traen –respondí tratando de sonar tranquilamente indiferente.

Se quedó callada, como si con lo dicho fuera suficiente.

-No hay que darle importancia. No lo hacen por maldad, por supuesto –agregué asumiendo disculparlos por entrometidos y consolarla por la molestia.

Siguió callada. Enfureñada, me parecía. Realmente aquello era absurdo y pensé en anunciar que era mi hora de volver a casa.

-Son utopistas. Creen que se puede construir un mundo a la medida de lo que les parece bueno –dijo entonces, inesperadamente calma y comprensiva.

-Tenés razón. No sería justo verlos como padres manipuladores. Nunca lo fueron. Más bien como que son eso que decís, una especie de célula de una secta utopista.

Ambos respiramos hondo. Quedó así diluida, con facilidad, la molestia. Como que habíamos encontrado la manera de dejar en claro que ni ella ni yo formábamos parte de la conspiración. Tabula rasa. Podíamos, aparentemente, partir de cero.

Empecé a mirarla con otros ojos. Estuviera o no en la conspiración, había mostrado una envidiable capacidad para pilotear la situación dejando atrás la zona de borrasca, aquella en la que los implicados prefieren callarse definitivamente la boca. Pudimos así hablar de bueyes perdidos, cuidádonos bien –por supuesto- de no rozar el tema prohibido: su fracaso matrimonial. Comprobé que con ella, respetando su manera un tanto parca, por no decir lacónica, se podía conversar placenteramente. Noté que su actitud natural era buscar expresarse siempre con precisión y moderación, eludiendo los entusiasmos y los repudios.

Prefería, sin duda, hacer preguntas antes que responderlas, pero después que le describí el estado de mis estudios universitarios, y mi temprana entrada en la práctica profesional, que ya me permitía un buen pasar, y mis planes para el futuro en materia de especializaciones, espontáneamente –quizá porque percibió mi dificultad para preguntarle por su vida- me contó que, a pedido de su padre, se estaba ocupando de la comercialización de su obra.

-Estoy supervisando el diseño de su página web, atiendo a su marchand, llevo la contabilidad, me ocupo de los proveedores, contesto la correspondencia. De hecho papá sólo ve a los principales coleccionistas de su obra. Te aseguro que tengo con qué entretenarme.

Seguramente que vio en mi expresión la sorpresa que me causaba semejante despliegue de actividad, porque sonrió y dijo:

-¿Pensabas que me la pasaba con una mano encima de la otra meditando melancólicamente?

Su inesperada agudeza me descolocó y no supe qué decir. Tomó nota de mi desconcierto.

-Papá obviamente disfruta que trabaje con él, y que le saque de encima todo lo que no sea su trabajo creativo. Me he ido dando cuenta de que esta especie de gerenciamiento de artista es toda una profesión, y que si lo hago bien puedo estar ayudando mucho a difundir lo que él hace.

Oyéndola se me fue atenuando la imagen que tenía de ella como muy introvertida, quizá algo depresiva y básicamente inútil. Perdía cuerpo la posibilidad de que formara parte de la conspiración de una pandilla de veteranos debutando en el chocheo.

-¿Y empezaste con eso después de separarte?

-Sí, algo tenía que hacer... Rodolfo no quería que trabajara, pero una vez separados... tengo que ganarme la vida.

Fue entonces que, solito, sin que ella hiciera la menor sugerencia, de puro vocacional, decidí probar y ver cómo me quedaba el cepo.

-¿Sabés que no conozco el taller de tu viejo? Quizá alguna vez, de niño, entré, pero no me acuerdo para nada.

-Vení cuando quieras. Me llamás y arreglamos –dijo, y en su voz no había ni entusiasmo ni intención alguna.

¡Las caras con que nos recibieron los conspiradores cuando finalmente el fresco de la noche nos corrió del jardín! ¡Cuánta expectativa! Daba la impresión de que si volvíamos con caras de que aquí no pasó nada, o de disgusto, se echarían a llorar. Evidentemente no fue eso lo que vieron, porque de inmediato florecieron las sonrisas. ¿Qué fue lo que vieron? No sabría decirlo, pero tan evidente fue el brillito en sus ojos y el estirarse de las sonrisas que por un momento pensé que habían recibido de Mónica alguna señal convenida de antemano para el caso de que el asunto se perfilara favorablemente.

El abrazo de oso que me propinó Raúl al despedirse duró demasiado como para no estar evidenciando una emoción. Y cuando me incliné para besar a Mariana me detuvo un largo instante poniendo las manos en mis hombros y mirándome a los ojos con una de esas miradas que se supone que dicen más que mil palabras. Cuando hubieron partido los González, Pedro se fue enseguida a descansar, y yo me quedé un rato ayudando a Sofía en la cocina.

-Sólo voy a ordenar un poco –explicó Sofía-. Mañana temprano viene Ondina y limpia.

-¿Estás contenta? ¿Salió todo como querías?

Mamá no es muy charlatana. Cuando habla elige con cuidado las palabras.

-Estoy contenta porque tengo el mejor hijo del mundo.

-Te está fallando la modestia –advertí.

-¿Por qué decís eso?

-Porque el mérito es de ustedes. Yo soy como ustedes me hicieron. Ni más ni menos.

Fue una semana extraña. El domingo estuve de muy buen humor. La pequeña intriga del cuarteto me parecía perfectamente disculpable. En el fondo no eran más que cuatro abuelos vocacionales complotando para conseguirse un nieto –sellando a la vez, con sangre, la unión amistosa de las dos familias. Nada grave. A nadie estaban manipulando ni obligando a nada. Y luego la muchacha, Mónica, tuve que confesarme que no era tan desagradable como la recordaba. Se seguía viendo un poco apagada, pero sin duda era, además, inteligente y sensata. Y si no era una belleza, tampoco era fea. Es, concedí, el tipo de mujer que, bien arreglada, mejora notablemente. Era algo que ya había aprendido: en este mundo todo es cuestión de maquillaje, empezando, claro está, por los estados financieros y los balances.

En fin, lo dicho: que el domingo estuve todo el día de un humor livianito y positivo. A punto tal que, cuando inevitablemente Camila apareció por la tarde –“a dormir la siesta” dijo, poniendo cara de pícara-, el optimismo se me transformó en pura energía, y recibió lo que vino a buscar por partida doble.

Ahora bien, ya para el lunes, metido en mis actividades habituales, empezó a ganarme una especie de desasosiego. Me llevó un par de días tomar conciencia del nerviosismo en el que estaba. Antes un par de inocentes compañeros de trabajo tuvieron que sufrir las consecuencias de mi irritabilidad.

Noté que cada vez que fracasaba en el intento de concentrarme en el trabajo o en el estudio la distracción me derivaba hacia la velada que había pasado con los González y los Ferreira, y en particular hacia el rato que había pasado con Mónica. Pero apenas me asomaba al recuerdo de esos momentos experimentaba una desazón tan intensa que me impedía instalarme tranquilamente en el rememorar. Deseaba y a la vez rechazaba recordar esos momentos.

Fue recién el jueves cuando, en medio de una reunión de trabajo, la pugna entre deseo y resistencia llegó a su fin, y vi de pronto, delante de mí, tan nítida como una alucinación, a la muchacha, en la penumbra del jardín, mirándome con esa su mirada indescifrable, entre inquisidora y pasiva, distante. Respiré hondo, sorprendido por la intensidad del recuerdo, y me llegó con fuerza embriagadora el aroma del jazmín de Hungría. Los que estaban conmigo no pudieron sino percibir mi turbación.

-Ernesto está enamorado –bromeó el gracioso que nunca falta.

¿Enamorado? ¿De Mónica? Absurdo, pensé. Conocía a la muchacha desde siempre y nunca había experimentado hacia ella el tipo de respuesta emocional que se acostumbra relacionar con el enamoramiento. ¿Qué podía entonces significar la perturbación que me causaba el recuerdo de esos momentos en el jardín? Sin duda que el montaje nostálgico que había preparado el cuarteto y que había servido como marco al reencuentro con Mónica, pesaba bastante: me provocaba el cosquilleo, la tentación de ceder a su deseo y darle a los González y a los Ferreira una satisfacción que al parecer les resultaba por demás valiosa. Todo era un mismo paquete. Y quizá era ese carácter de paquete lo que yo rechazaba. Me parecía que ceder a semejante invasión era ceder a una especie de pulsión endogámica, a la tentación del incesto, para decirlo crudamente. Sí, ceder era aceptar ser el instrumento de esa pulsión. Los cuatro habían compartido buena parte de sus vidas, y si yo cedía compartirían también su posteridad, serían abuelos de los mismos nietos.

¿Sería este el significado profundo del juego de atracción y rechazo que me producía Mónica? Ella misma, en tanto ser singular y único ¿no contaba para nada? Me esforcé por sumergirme en el recuerdo del momento vivido con ella. ¿Había acaso, en alguna medida, sentido hacia ella esa especie de arroboamiento que hasta donde yo sabía era el síntoma más evidente del enamoramiento? No. Nada hubo de esa difuminación de los contornos del yo, de esa blanda fusión de las almas que anuncia y denuncia el comienzo de la cristalización amorosa. La miraba, sí, con una curiosidad diferente a la que normalmente me producen las mujeres, una curiosidad morbosa si se quiere, mezcla de la curiosidad que siempre me había producido su retraimiento y de la curiosidad que me producía su infructuoso y desafortunado matrimonio con aquel señor mayor.

¿Físicamente me sentía atraído? ¿Deseé el contacto físico con ella? Para nada. Ni ella se había comportado de manera de invitarme al contacto físico ni yo había sentido la tentación de iniciar el viaje sin retorno que comienza cuando se busca y se produce el contacto y no hay rechazo.

Hechas todas las cuentas y habiéndole dedicado al asunto un buen rato de meditación llegué a la conclusión de que toda la confusión en que me había sumido el recuerdo del rato pasado con Mónica en realidad no tenía ningún sentido profundo. Me sentía seguramente un poco culpable por no poder complacer el deseo de mis progenitores en un asunto tan grave como el de formar pareja, pero sin duda esa cuota de culpa era la razonable en el proceso de crecer e independizarme. En definitiva: nada grave.

Sin embargo el sentimiento de desasosiego y la desazón seguían haciendo estragos en mi capacidad de concentración. Hacia el final de la tarde del viernes estaba francamente muy irritable.

-Ernesto está enamorado –insistió el gracioso de turno.

-Pero se resiste –precisó otro gracioso, sumándose.

Sólo cuando dejé que el recuerdo de la muchacha volviera a invadirme me sentí aliviado. Tuve que llamar a Sofía para pedirle el número de teléfono de los González. Sofía, diligentísima, ni siquiera me preguntó para qué lo quería, siendo, como era, que jamás en la vida se lo había pedido. Llamé y atendió Mariana. Le pregunté si estaba Mónica. Diligentísima también, corrió a buscarla. La oí subir la escalera a la planta alta tan velozmente como si tuviera quince años.

Tan perturbado y desconcertado y fuera de mis casillas me tenía el asunto que estuve a punto de ladrarle “¿Podés decirme qué demonios me pasa contigo?”. Me contuve y me esforcé por sonar poco menos que simpático.

-Me prometiste una visita guiada por el taller de Raúl González –le recordé.

-Cuando quieras –ratificó sin que su voz denunciara ni la menor ansiedad. Y agregó bajando un poco la voz-: Mañana de tarde no están mis padres.

¡Como si yo le hubiera propuesto un rato de absoluta intimidad! Como si fuéramos adolescentes en busca de un rato a solas. No pude evitar sentir que aunque lo disimulara muy bien, Mónica estaba ansiosa, y que la ansiedad le hacía saltarse etapas.

Quedamos en vernos a la hora del té. Sólo cuando hube cortado la comunicación y, consumada la cita, se me pasó el acelere, sólo cuando aterricé en mi normalidad mental luego de días de andar como bola sin manija, sólo entonces caí en cuenta de lo que el estado de perturbación padecido me había llevado a hacer. Dado el peculiar intríngulis entre los González y los Ferreira, haberme citado con Mónica, aunque la excusa fuera por demás honorable, no era cualquier cosa, especialmente en el contexto de la conspiración que estaba en marcha. Era un acto grávido de consecuencias potenciales. Tendría que andarme con mucho cuidado no sólo para no pasarme de la raya, sino también para no generar expectativas que pudieran resultar eventualmente en decepciones y reproches. Como dije, la última cosa en el mundo de la que yo quería ser culpable era de un enfriamiento de la maravillosa amistad entre los González y los Ferreira.

Para mi sorpresa, puesto que esperaba encontrarme con una Mónica ya sin disimulos, cuando el sábado a las cinco en punto de la tarde llamé y me abrió la puerta tuve la extraña sensación de que no era a mí a quien esperaba encontrar, de que miraba a través de mi, como si fuera de vidrio, como si no estuviera ahí, hacia un horizonte distante desde el que alguien se acercaba, o quizá se alejaba, definitivamente. A tal punto en su blanda impavidez me hacía sentir que ignoraba mi presencia que empecé a tomarme su actitud como una ofensa. Cerca estuve de soltarle alguna grosería que empatara los tantos. Me frenó el considerar las consecuencias que el incidente tendría para aquellos que, con la mejor de las intenciones, habían fomentado el embrollo.

Y sin embargo... aún tenía presente el susurro, con sabor a promesa, que me aseguraba que sus padres no estarían, o sea: que estaríamos solos, o sea, implícitamente: que podríamos consumar quién sabe qué. Decididamente Mónica era un personaje secreto y desconcertante.

Hacía muchos años que no pisaba la casa de los González. Así como no habían cambiado de auto, la casa estaba idéntica a como yo la recordaba. Un poco, al cruzar el umbral, volví a ser el niño que acompañaba a sus padres a visitar a sus amigos, a regañadientes porque en aquella casa no había con quién jugar, más que aquella niña que parecía muda de tan callada. No me hizo gracia volver a ser ese niño impaciente e irritado.

Que no estuvieran los González no dejaba de despertarme alguna suspicacia. Quizá estuviera convenido de antemano que si yo llamaba ellos se borrarían para dejarnos solos, para que pasara algo que, dado el contexto, se volvería definitivo e irrevocable. Pero en el fondo me alegré de que no estuvieran. De esa manera aquella visita absurda que en realidad querría no haber hecho, resultaría forzosamente más breve.

El atelier de Raúl estaba en la planta baja. Tenía una gran puerta ventana que daba al jardín. Los muros del jardín eran tan altos y estaban tan cubiertos de hiedra que a través del ventanal no se veía más que verde. El atelier era un lugar muy agradable. Todo el mobiliario era de madera y estaba diseñado para usos específicos que Mónica me fue explicando como a desgano. Un mueble de cajones anchos y chatos era para guardar todo tipo de papeles para dibujo, pero sobre todo láminas de pergamo, vitela e ivorina (un plástico que imita al marfil) que son –me vine a enterar- los materiales sobre los que se pintan miniaturas. Otro mueble, que parecía un archivador, servía para guardar, colgados con pinzas y bien separados, trabajos terminados. La mesa, muy ancha, tenía dos atriles regulables. De la pared pendía una batería de lámparas articuladas de todo

tipo. Sobre la mesa había lupas, de mano y en soportes graduables, y cantidad de pomos y frascos de pintura en una especie de exhibidor con cuatro bandejas giratorias.

También sobre la mesa había un visor, proyector de imágenes que apuntaba a una pantalla colgada en la pared opuesta. Todo en el taller lucía impecablemente limpio y ordenado. Ni una mota de polvo en el piso de madera. Me impresionó como el lugar en el que alguien sereno de espíritu y seguro de sus habilidades podía concentrarse en su tarea hasta perder la noción del tiempo. Aquel lugar me regaló pautas nuevas para considerar al gigantón con vozarrón de pirata que de niño me levantaba en sus brazos hasta tocar el cielo, y que paradojalmente era el autor de aquellas estampas pequeñitas colgadas en las paredes de mi casa, que nunca me habían parecido en realidad demasiado interesantes, aunque muchas veces me había acercado a ellas hasta casi tocarlas con la nariz, tratando de agotar la infinita proliferación de sus detalles.

Tan absorto me tenía la magia del taller que olvidé completamente a Mónica. Allí estaba, muy juiciosa, junto a la puerta, mirándose la punta de los pies. Estuve a punto de hacerle un sincero elogio del lugar, pero me frené, convencido de que lo que le dijera le entraría por un oído y le saldría por el otro.

-¿Tomamos un té? –preguntó cuando salimos. Con mucho gusto le hubiera dicho que no tenía tiempo, pero ser grosero no era una opción. La única opción era tener paciencia, y tacto, y zafar cuanto antes.

Tenía preparado el té en la mesa de diario, en la amplia cocina de estilo americano. La infusión estaba ya caliente en la tetera. Realmente aquella visita tenía un fuerte tufillo a puro protocolo. Deduje que ella quería hacerla tan corta como yo.

-Puse Earl Grey. ¿Te gusta?

-No –dije. Simplemente sentí la necesidad de soltar una nota discordante.

Se volvió y me miró a los ojos, creo que por primera vez desde que llegué. Pero no se veía ni sorprendida ni molesta por mi puntada.

-¿Cual té te gusta? ¿Querés ver los que hay?

-Era broma, Mónica. Me gusta el Earl Grey, por supuesto.

-Muy gracioso –dijo, esbozando su sonrisa mustia-. ¿Te gusta cargado o flojo?

-Cargado.

Me ofreció galletitas caseras.

-Son de coco –dijo.

-No me gusta el coco.

-Muy gracioso. ¿Por qué me toreas?

-Es para que te aflojes un poco. Estás siempre seria. Al fin y al cabo somos como hermanos ¿no?

-¿Así me ves? ¿Cómo una hermana?

-Es como si lo fuéramos. Nos conocemos de toda la vida ¿o no?

-Sí, es cierto.

-Y nuestros padres ¿no parece que fueran entre ellos hermanos y cuñados?

-Hermanos y cuñados –repitió suavemente-. Tiene gracia –agregó y su sonrisa se acentuó-. Realmente tiene gracia –repitió, y cambió de tema-: ¿Qué te pareció el estudio de papá?

Le conté las sensaciones que había tenido en el atelier, y no le oculté mi escasa comprensión del arte de su padre.

-¿Para qué tomarse la molestia de pintar en pequeño lo que otros pintan en tamaños más razonables? –pregunté, entre ingenua y desaprensivamente.

Paciente, sin prisa y sin pausa, como de memoria, me habló de los orígenes del arte en miniatura (manuscritos medievales iluminados, retratos de bolsillo, netsuké), y de la voluntad de conservar una tradición y los secretos de un oficio, y de las virtudes que en la obra de su padre habían conseguido el aprecio de los especialistas y los coleccionistas. Me pareció que me recitaba el artículo que le propinaría a un periodista que no supiera nada del asunto.

Tenía el pelo recogido en la nuca con uno de esos moños flojos con que rematan discretamente su coquetería las féminas de pelo muy lacio, que era su caso. La blusa color marfil, abierta en el cuello, dejaba entrever sus clavículas puntiagudas.

-¿Estás bien de salud, Mónica? Me das la impresión de estar exhausta –le dije cuando me hubo servido la segunda taza de té.

-Estoy bien ¿y vos? –respondió, tan absurdamente que terminé de convencerme de que no prestaba ni la menor atención a lo que conversábamos.

En el silencio de la casa, el tic tac del reloj de la cocina resonaba trabajoso y duro, hostil. No parecía que tuviéramos mucho más que decirnos o más ganas de conversar. Bebida la segunda taza de té fui al baño, decidido a despedirme al retornar. Pero cuando volví a la cocina Mónica no estaba allí. La esperé unos minutos inútilmente. Luego la busqué. No estaba en la planta baja. Subí la escalera. En el corredor de los dormitorios la llamé. Apagadísima me llegó su voz.

-Estoy aquí.

Una sola puerta había abierta en el corredor y a ella me dirigí. Era el dormitorio de Mónica. Estaba parada frente a un espejo de cuerpo entero mirándose a la cara. Tomó nota a través del espejo que yo estaba en la puerta. No dijo nada. Siguió mirándose a los ojos. Como si esperara que pasara algo en su imagen reflejada. Como si esperara que su doble le indicara lo que debía hacer.

Su inmovilidad y su silencio se fueron volviendo pesados, fueron creando una extraña, incómoda situación. Cada segundo que transcurría se iba haciendo más denso. La duración se espesaba. ¿Esperaba que yo hiciera algo? Era una extraña manera de invitarme a lo que fuera. Si de una cosa estaba claro yo en aquella situación era de que yo no haría absolutamente nada. Pero quedándome parado en la puerta, mirándola, yo mismo estaba alimentando el absurdo de la situación. Aquello estaba devorando la laboriosa protocolaridad con que habíamos estado sobrellevando la visita, la tarde a solas.

Estaba consciente de que de aquel estar sin decir palabra podía salir absolutamente cualquier cosa, inclusive aquello que el cuarteto buscaba y que yo estaba convencido de no querer. Y sin embargo no haría nada para romper el encantamiento, por normalizar la situación. Poco a poco empecé a comprender que había algo en mí que quería que la situación se resolviera sola, estallara de tan hinchada, poniendo en acto toda su potencia, sin importarme lo que implicara y así el universo entero se rajara por la mitad.

La situación era tan tensa y anormal que me costaba respirar. Volvió a mirarme a través del espejo. Su mirada vacía me decía que hiciera de la situación lo que se me antojara. Cualquiera de los dos que moviera un dedo y la situación estallaría como un cristal alcanzado por una bala. El mundo entero se desmoronaría encima mío, se cerraría sobre mí como una inmensa trampa.

No pude más. Me di media vuelta con un supremo esfuerzo, como una mosca que consiguiera zafar de la tela de una araña, y me alejé por el corredor. Bajé la escalera. O venía a abrirme la puerta o saldría por una ventana.

Apenas llegué a casa llamé a Camila. Se hizo un poco la ofendida –había asumido que ese fin de semana también me le escaparía. Quizá hasta ya había estado buscándose otro programa. Pero no se hizo rogar. Estaba dispuesta a mantenerme como prioridad uno en la esperanza de alcanzar el premio mayor.

Con Camila estuve brutal –stricto sensu. Tan es así que tuve que preguntarme de dónde me venía tanta fogosidad. No me la provocaba Camila. Con ella la etapa del

fuego había pasado. Estábamos ya en la etapa de la rutina. Cada uno sabía lo que el otro necesitaba para encenderse, y lo dábamos, como siguiendo un libreto al pie de la letra. Cuando digo que estuve brutal con Camila quiero decir que me lancé sobre ella, o más bien sobre el fantasma en que la transformé –el de Mónica, por supuesto-, decidido a aniquilarlo, y a remover sus escombros hasta dar con su secreto. Al alcanzar el éxtasis vicario de que me proveyó el cuerpo transfigurado de Camila, parado en un instante de delirio y de irritación en estado puro, fantaseé que la cosa con Mónica en realidad era inevitable, que estaba poseído por ella, que me tenía en sus manos, y que no podría resistirme, tuviera las consecuencias que tuviera.

Después, ya anochecido, planchados, navegando en los meandros de la modorra, mientras barajábamos la alternativa de salir a cenar pescado al Puerto del Buceo, o recurrir al delivery de pizza, ya en plan razonable estimé que mi huida de la casa de los González había sido prematura y ridícula. Huí como de una emboscada. Interpreté la extraña situación en el dormitorio como una invitación al incesto, o poco menos, y salí corriendo como perseguido por mil demonios. Pero ¿qué tal si había leído mal la situación? Al fin y al cabo la muchacha no me había mostrado el portaligas. ¿Qué tal si estaba absorta en sus penas y hasta me miraba sin verme, como se mira a un visitante molesto? ¿Qué tal si estaba en realidad como zombi, embotada por sus penas privadas o por el consumo de antidepresivos?

Reconsiderando los hechos me sobrevino un terrible ataque de vergüenza. ¿Cómo pude ser tan grosero? La respuesta era sencilla, aunque formular una hipótesis me llevó un rato de rumiar mi vergüenza: seguramente que me asustaba lo que en realidad estaba sintiendo por ella y que luego dejé estallar sobre el cuerpo de Camila. Tierra trágame, pensé. Después de mi huida Mónica González no iba a querer volver a verme ni en foto. Quizá fuera mejor así, porque lo que sentía por ella era lo suficientemente confuso y contradictorio como para producirme vértigo, si no directamente náusea.

Cuando salí despavorido Mónica salió detrás de mi. Me abrió la pesada puerta de su casa, que da directamente a la vereda. Quise blanquear la situación poniendo cara de nada y diciendo las amabilidades de rigor, pero tenía completamente cerrada la garganta. En mi vida me había pasado no poder articular ni una palabra. Creo que a ella le pasó lo mismo, porque me miró a los ojos y movió apenas los labios, como para decir algo aunque tampoco dijo nada. ¿Qué había en su mirada en ese momento? Estaba sí, por supuesto, perturbada. ¿Qué querría decirme? ¿Preguntarme si estaba loco? ¿Si me había picado la mosca de la locura? ¿Si la encontraba tan absolutamente despreciable?

Con Camila cenamos fuera. Le ofrecí el postre –volcán de crema, que ni corta ni perezosa declaró su postre favorito- en casa. Ya deleitándose, y deleitándose, le sugerí que se lo despachara sin apuros. Mi idea era quedar tan exhausto como para no volver a pensar, por lo menos esa noche, en aquel malhadado asunto. En eso estábamos cuando sonó el teléfono. Lo primero que se me ocurrió, por supuesto, fue que sería ella. Que me llamaba para pedirme explicaciones o disculpas. Imposible para mí, sobre todo en ese momento, esa índole de pláticas. Arrodillada entre mis piernas Camila me interrogaba con la mirada, el ceño fruncido. No era esa la mejor actitud para despacharse un volcán de crema.

-Seguí, Cami, no voy a atender.

Empeñosa, Camila intentó rematar la faena, pero el teléfono seguía sonando. Camila estaba por demás susceptible debido a las interferencias que venían teniendo nuestras rutinas de fin de semana. Evidentemente aquella llamada tarde en la noche –serían las once- estaba robándole el sabor a su postre.

-No pares –le dije, y extendí el brazo levantando el auricular.

-Oigo –gruñí.

Quienquiera que fuera que llamaba al oír mi gruñido cortó la comunicación. Si le decía que habían cortado la comunicación, el placer de Camila –y con el de ella, el mío- terminaría de aguarse. Por suerte en el aire enrarecido de las alturas es donde se piensa mejor.

-Hola, mamá –dije-. ¿Cómo estás? Si, es un poco tarde. Estoy con una amiga.

Pensé en cortar enseguida la conversación falsa con Sofía, pero viendo con qué ímpetu Camila retomaba su postre al saber que hablaba con mi madre, llegué a la conclusión de que aquella llamada inoportuna podría terminar siendo el mejor de los aderezos, la frutilla en el postre.

-No hay problema, mamá, contame –dije, y me puse cómodo.

Dedicándosela a su quizá-suegra, Camila se empeñó en lograr la más perfecta de las performances. Pasado el tsunami apenas me quedó energía como para decir:

-La seguimos mañana, madre –y estirarme para dejar el auricular en su lugar.

Fue la mejor manera de terminar un día complicado. Dormí como un lirón, nos despertamos a mediodía y por varios días consideré olvidado para siempre el asunto con Mónica.

## II

El viernes temprano, cuando estaba preparando el desayuno, llamó Pedro. Ni mis padres ni nadie, nunca me llaman a esa hora. Los que me conocen saben que soy el tipo de gente que hasta después del café no puede razonar con claridad. Oír la voz de mi padre me puso nervioso. Cuando me aseguró que nada de lamentar había sucedido no pude evitar mostrarle una puntita de irritación.

-Viejo, sabés bien que esta no es hora para llamarme.

-Idea de tu madre. Piensa que si no te llamábamos bien temprano capaz que te hacías otro plan para mañana.

-¿Cómo otro? ¿Cuál es el uno?

-Mirá: llamó Raúl. Dice que tiene algo para mostrarnos, especialmente a vos, que nos esperan mañana de noche.

Para no decir algo de lo que pudiera arrepentirme me quedé callado hasta digerir la idea. Pedro captó que no me hacía mucha gracia la invitación.

-Ya sé, Ernesto, que a vos las cosas así, de sopetón, no te gustan. Sabés que salís a mí en eso. Pero Raúl alborotó a tu madre. No sé qué es lo que se trae, pero está como loco con su sorpresita.

Creo que ya lo dije: me cuesta horrible decirle que no a Pedro. Ha sido el padre más dulce y comprensivo imaginable. Respiré hondo.

-¿A qué hora?

-Invitan para las nueve.

-Está bien. Dale un beso a mamá de parte mía.

Llegué pasadas las nueve y media. No por hacerme el interesante. Dormí una siesta pesada e interminable, de la que no conseguía salir, y que me dejó groggy. Estuve como una hora para llegar a la bañera y otra hora para salir del agua, ya helada. En el camino, como para disculparme por la llegada tarde, cometí –dado mi estado de estupor- un error infantil. Compré unas flores para los González. Mariana, que fue la que abrió la puerta, apenas me vio se dio vuelta y gritó:

-Mónica, mirá lo que te trajo Ernesto.

Fue una distracción imperdonable. Es obvio que en asuntos tan delicados no se puede dar ventajas. ¡Y yo, que había decidido pasar por esta nueva prueba livianito como una pluma y sin dejar huella! Mónica compareció de inmediato, como si hubiera estado entre bambalinas esperando que le dieran su pie. Para mi sorpresa el color había llegado ¡y cómo! a su vestuario. El pantalón y la blusa que llevaba eran un verdadero colorinche. Al entregarle las flores me pareció que se ponía colorada. Pero no tardé en darme cuenta de que su rubor era cosmético.

-Gracias –musitó.

Para consolarme pensé que quizá se tomaría las flores no como una forma de cortejo sino como un pedido de disculpas por la abrupta partida. En la sala estaban Pedro, Raúl y Sofía que me sonrieron de oreja a oreja, como si fuera yo la Reina del Carnaval. No era una cena. Habían encargado un buffet a Carreras.

-¿Qué te sirvo, Ernesto? –tronó Raúl.

-¿Qué están tomando?

-Yo, un Manhattan, los demás vino blanco dulce.

-Manhattan.

Nos sentamos en la sala. Sillones cómodos en torno a una mesita ratona repleta de exquisiteces. Cuando estuvimos acomodados y bien servidos, Raúl tomó la palabra, muy ceremonioso.

-Queridísimos: no los hubiera convocado con esta premura si, al menos en mi opinión, la ocasión así no lo exigiera. Les pido disculpas por la ansiedad, pero quería que conocieran al más reciente de los hijos de mi ingenio –declaró, y con la voz un poco tomada por la emoción, agregó-: Con este trabajo voy a competir este año en la Bienal de la Royal Society.

Tomó entonces una cajita de madera que tenía a mano, la abrió y se la pasó a Sofía. Sofía tomó la cajita y miró dentro. Vimos cómo forzaba la vista y acercaba la cara a la imagen.

-Disculpame, Sofi, estoy nervioso -dijo Raúl ofreciéndole una lupa.

Sofía miró entonces a través del lente y la expresión se le iluminó.

-Increíble -exclamó, encantada-. Precioso, divino. Mirá, Pedro -dijo y le pasó a Pedro la cajita y la lupa. Pedro miró largamente. Con ternura comprobé -cosa que no había notado antes- que las manos le temblaban un poco. Los años. Pedro se tomó su tiempo para mirar en detalle la cosa.

-¡Qué bárbaro, Raúl! Esto es verdaderamente genial -dijo-. Tomá, Ernesto -agregó pasándome la maravilla-, no lo vas a poder creer.

Y bien, sí, no pude creer lo que veía. Dentro de la cajita había una pequeñísima pintura, de no más de seis o siete centímetros de ancho, en la que se nos veía a Mónica y a mí sentados, tal y cual como aquella noche, en la hamaca del jardín de casa. Hasta para mis ojos jóvenes hubiera sido difícil apreciarla sin la lupa. Hasta para mí, que soy un ignorante confeso en materia de arte, aquello era una verdadera maravilla. La pequeña imagen era de una precisión y una belleza pasmosas. La penumbra, la enredadera, el jazminero, la fidelidad de nuestros retratos, todo era perfecto, pero lo más asombroso era la atmósfera de quietud, de relajamiento, de delicada sensualidad que emanaba del conjunto. Estábamos sentados no muy juntos, como en realidad habíamos estado. Era como si Raúl nos hubiera espiado. Casi podía oír las palabras tranquilas que habíamos intercambiado esa noche. Casi podía oír el Chopin con que Pedro había intentado facilitarnos la emoción. ¡Y Mónica tenía sobre los hombros la chalina de Sofía! Aquello era sin duda obra del arte más refinado, pero también de una evidente ternura hacia nosotros.

-No tengo palabras, Raúl -dije sinceramente emocionado-. Creo que por primera vez en mi vida me doy cuenta de en qué consiste eso que los entendidos llaman arte.

-Gracias, hijo -dijo Raúl, conmovido por mis palabras. ¡Nunca antes me había llamado hijo!-. Son las palabras más hermosas que podías decirme.

Hice ademán de pasarle la cajita a Mariana.

-No, Ernesto, mírenla ustedes. Como te podrás imaginar nosotras la vimos con el óleo todavía fresco.

Mónica no decía nada. Con sus mejillas coloreadas como un payaso, se miraba las manos, sin aflojar la sonrisa que esa noche había decidido colgarse todo el tiempo de los labios.

-¡Por la belleza! -dijo Pedro, levantando su copa.

-Por el arte -dijo Sofía.

-Por nuestros muchachos –remató Raúl.

Aquello era una verdadera encerrona. Parecía como si de inmediato nos fuéramos a poner a hablar de la fiesta de bodas.

-La razón por la que me urgía tanto mostrársela a ustedes es que el lunes que viene viaja a Inglaterra. La otra semana se abre la exposición de la Bienal. ¡Y nunca estuve tan seguro de apuntar al premio mayor! –agregó. No pude sino preguntarme si con lo de premio mayor se refería al de la Bienal o a mi humilde persona.

-Este jurado, por demás calificado, ya te lo concedió, Raúl –aseguró Pedro a la altura de las circunstancias.

-Por supuesto que va a ser exhibida, y es la primera vez que lo hago, con un cartelito que dice que no está en venta –dijo Raúl, y agregó, incapaz de contenerse-: Como se podrán imaginar tengo una idea muy precisa de dónde quiero verla colgada.

Mónica miró a su padre con una expresión de verdadera alarma en el rostro.

-¿Qué pasa, princesita? –preguntó Raúl con dulzura a su hija-: ¿Me estoy yendo de la lengua?

-Por favor, papá –susurró Mónica, ahora sí colorada en serio.

-Tranquila, no digo más. Sólo soy un viejo que se toma unas copas de más y se pone a soñar. Por lo demás no creo que haga falta que diga más ¿no les parece?

Ahí sí, todos se volvieron hacia mí, sonrientes a más no poder, invitándome con todo el amor del mundo, a soltarles las migajas que esperaban recibir. Pero ninguno se atrevió a ir más lejos, seguramente porque nada pudieron leer en la expresión de mi rostro, que oculté dedicándole largos segundos a elegir un saladito.

Traté de mostrarme lo más simpático posible después de la encerrona, pero también traté de estar siempre junto a Pedro o Sofía, de manera de evitarme explicaciones con Mónica. No obstante lo cual, inevitablemente el cuarteto terminó por arreglárselas para dejarnos solos.

-Ernesto... –empezó Mónica, y se frenó. Evitaba mirarme a los ojos. Parecía compungida. Intentó seguir-: Yo no... –pero las palabras al parecer no acudían en su ayuda.

Traté de mostrarme comprensivo y paciente.

-Yo sé que no, Mónica. No le demos importancia.

Mónica me miró. Pero en su mirada no vi cortedad o pena sino una fría curiosidad. Asintió suavemente con la cabeza.

-No dejemos que esto perturbe la buena onda –insistí, tranquilo.

-Sí, no dejemos... –dijo muy bajito.

En ese momento sonó mi celular. Era Camila. No le había gustado nada la perspectiva de un tercer sábado familiar al hilo y tuve que arreglar con ella que me llamaría a las diez y media para que yo tuviera una excusa para borrarme. Mientras Camila me soltaba una sarta de promesas picantes en el oído, yo fingía para beneficio de Mónica:

-Sí, claro. Voy para ahí. ¿Ya están todos? En un rato estoy.

No me gustó nada lo que sentí al retirarme. Palpé la atmósfera de decepción, apenas disimulada, en los Ferreira y en los González. Sentí desazón. No me gustaba nada ser el agente de su decepción. Creo que nunca antes había percibido, estando con ellos, algo así, un sentimiento, por más tenue que fuera, de malestar, y menos por culpa mía. Pero, en fin, pensé, en realidad no había culpa mía alguna. No podían imaginar que les permitiría manipular a su gusto y placer mi existencia.

Dado el estado de cosas calculé que alejándome de los unos y de los otros por un tiempo, rechazando resueltamente las invitaciones y las encerronas, el asunto terminaría por diluirse y todo volvería a la normalidad. La cicatriz termina por desaparecer cuando la herida no ha sido profunda.

Me equivocaba. Ya el domingo por la noche, después de irse Camila, empecé a sentir cómo un malestar muy real, aunque indefinible e incomprensible, comenzaba a roer mis optimismos. Me costó darme cuenta, pero terminé por ubicar el punto exacto en el cual las cosas no me cerraban.

Fue cuando, al quedar solos, Mónica aparentemente intentó disculparse por la insistencia de su padre. Pareció como que, avergonzada, no encontraba las palabras adecuadas. Asumí que su intención era deslindarse del complot. Pero cuando, caballerosamente, le ahorré las palabras, sentí claramente que su mirada era acechante, astuta, como queriendo adivinar en mi actitud en qué punto de cocción me tenía aquella conspiración matrimonial. Tal y como yo reconstruía ese momento fugaz, Mónica se me aparecía como una vulgar enredadora, capaz de cualquier intriga con tal de vencer la resistencia de su presa.

Ahora bien: lo increíble era que semejante representación en lugar de motivarme para alejarme lo más posible de sus tejes y manejos, al menos mientras le durara aquella fiebre –alejamiento que sería la mejor manera de preservar la calidad de la relación entre sus padres y los míos-, me hacía desear seguirle el juego, con la intención –al

menos esa era la intención que me declaraba- de propinarle una buena lección. ¡En vez de huirle quería enredarme aún más en sus tejes y manejos! ¿Qué tenía yo para ganar entregándome a sus juegos morbosos? Nada. En cambio, como me decía y me repetía, tenía mucho para perder.

El martes por la tarde me llamó Raúl. A mi celular. O sea, con la anuencia de mis padres, ya que sólo ellos pudieron haberle dado el número de mi celular.

-¿Cómo estás, muchacho?

Al oír su vozarrón se me encendieron todas las alarmas. Mucho cuidado, pensé, no decir ni una palabra de más. Raúl arrancó en plan perro apaleado.

-Todavía estoy lamentando las bobadas que dije el otro día.

O sea: hablaba partiendo de la base de que yo estaba perfectamente al tanto de la conspiración. Sólo lamentaba haberse ido de la lengua. Debí hacerme el bobo, fingir que no sabía de qué hablaba. Pero no.

-Tranquilo, Raúl –dije, magnánimo-. Para mí ustedes son como de la familia, y dentro de la familia nos disculpamos todo.

¡Zás! Tres estupideces al hilo. Primero: aceptar que el tema –Mónica y yo como pareja- estaba para todos y para mí también en el tapete. Segundo: ponerme a fusionar familias, que era precisamente lo que ellos pretendían. Tercero: asumir que sus dizque bobadas habían sido algo tan grave como para necesitar ser disculpado y efectivamente disculparlo, sin más. ¡Cuando todo lo que tenía que haber hecho era fingir que no tenía la menor idea de qué me hablaba, reduciendo a cero todo el asunto, convirtiéndolo en algo que no merecía ni la más mínima atención! Con mi tontería estaba convirtiendo la conspiración en un asunto en fase de abierta negociación.

-Sí... –coincidió el hombrón, taimado y cauteloso-. Somos como de la familia ¿verdad?

-Siempre lo fuimos ¿no? –dije, sintiendo que me hundía en un pantano.

Hubo un silencio. Por un momento temí que directamente me preguntara si pensaba o no casarme con su hija. Me tuvo piedad, creo. Me concedió –por el momento- el derecho a ser el que tomara la iniciativa. Lo oí respirar hondo, quizá conteniéndose para no ir ya mismo a fondo.

-También te llamaba para contarte que mi último trabajito ya está en viaje. Tuve que ponerle un título. Y me pareció ponerle de título los nombres de ustedes.

Quedé de una pieza. Quizá al fin y al cabo era razonable llamarlo así. Al fin y al cabo éramos ella y yo. Pero no pude sino sentir que era otra maniobra, tan calculada como había venido siendo todo en la conspiración.

-Ernesto Ferreira y Mónica González. Así se llama –dijo tranquilamente-. Te lo digo porque si me llegan a premiar, y creo que lo van a hacer, tu nombre va a aparecer en la prensa.

Nuestros nombres así, juntos, unidos por la conjunción copulativa “y” me sonaron como si se estuviera anunciando nuestro enlace. Si así aparecían en la prensa sería como hacer público nuestro futuro enlace.

-Es un honor, Raúl –dijo aunque lo que hubiera deseado decirle era que tenía que haberme consultado antes.

En tres semanas, pues, había visto tres veces a la candidata, y nuestros nombres habían quedado para siempre enlazados en la gloria del arte en miniatura.

Empecé a sentirme deprimido. Pero no porque sintiera o presintiera que tarde o temprano tendría que ceder. Eso nunca sucedería si no era mi voluntad y mi deseo. Era otra cosa lo que me deprimía. Era constatar en mí, perfectamente nítida, como una grieta en la pared, una contradicción que me repugnaba: la contradicción entre la decisión de no ceder y una cierta, incalificable voluptuosidad que me producía el dejarme enredar más y más en aquello, el ser incapaz de encontrar las palabras adecuadas en el momento adecuado, el ser incapaz de rechazar los discretos misterios que me ofrecía Mónica, el saber que centímetro a centímetro pero estaba dejándome arrastrar hacia la trampa –aunque confiara que en el último momento sabría decir que no.

¿A qué mástil podría atarme para resistir el mediocre canto de sirena que podía ofrecer Mónica? Con Pedro y Sofía en la conspiración me sentí solo como no me había sentido nunca, sin quien me confortara y me diera un consejo. Ya hombre hecho y derecho vine a enterarme de lo importante que seguían siendo para mí mis padres jubilados y suburbanos, lo importante que seguía siendo para mí saberlos siempre conmigo, incondicionalmente apoyándome. Si siempre fueron para mí la roca en que apoyarme, y ahora, en esto, no lo eran, me pregunté ¿no sería porque yo estaba equivocado oponiéndome a lo que ellos creían mejor para mí? No, me respondí, convencido de que tarde o temprano comprenderían que sólo mi libre albedrío tenía la palabra en este asunto.

En algún momento, para mejor atrincherarme, pensé en darle más entrada a Camila. No digamos tomarla como confidente, por supuesto, pero traérmela al apartamento entre semana, un par de noches, aunque sólo fuera para no estar dándole vueltas al asunto todo el tiempo. Seguramente que semejante opción me ayudaría a sobrellevar el trance, pero más seguro era que las ilusiones de Camila se revigorizarían hasta un punto crítico. Y no estaba yo para bancar más problemas.

Hacia el fin de semana, el jueves, sin poder sacudirme de encima la irritación y la ansiedad en que el bendito asunto me tenía, me había convencido - a saber con qué laberínticos razonamientos- de que para desenredar la madeja se imponía que Mónica y yo tuviéramos una franca instancia de explicaciones.

En esas estaba, al borde del abismo y decidido a dar un paso adelante –como decía aquel milico de la dictadura- cuando recibí la llamada más inesperada. ¡Qué digo inesperada! ¡La más inconcebible de las llamadas!

-Buenos días, mi nombre es Rodolfo Quilone.

El nombre no me decía nada.

-¿Hablo con el señor Ernesto Ferreira?

- En efecto. ¿En qué puedo servirlo?

-Estoy en trámites de divorcio con Mónica González.

Quedé sin habla. Lo mismo que si me hubiera dicho que era un extraterrestre. ¿Cómo era posible semejante cosa? ¿El aún marido de Mónica llamándome por teléfono? ¿Para qué? ¿Sería un demente que quería iniciar una guerra conmigo en la que Mónica sería el trofeo para el vencedor?

Si la mera irrupción era densamente melodramática, la voz del tipo era todo un programa. Era una voz educada, modulada, obsesionada por la corrección en el decir, seca y a la vez obsequiosa, como la del ujier o el secretario más intransigente.

Esperó pacientemente a que me sacudiera de encima la sorpresa.

-Usted dirá –articulé finalmente.

-Antes que nada le pido disculpas por el atrevimiento, pero he evaluado que quizá una conversación entre nosotros podría ser de beneficio para todos.

El tonito del tipo tenía algo como de curita o de milico, de alguien que habla en nombre de las instituciones. Era tan absurdo que me relajé. Aquello podía resultar divertido.

-¿Y en base a qué evalúa usted que una conversación entre nosotros podría ser de beneficio para todos? –me burlé-. Y antes que nada: ¿quiénes seríamos ese “todos” en el que me incluye?

-Usted, Mónica y yo, para empezar. Estimo que sería positivo un sinceramiento en lo concerniente a nuestras mutuas relaciones.

El tipo me parecía un tonto de solemnidad y sentí el antojo de juguetear un poco con él.

-En ese caso ¿por qué habríamos de excluir a Mónica de la conversación?

-Quizá sea usted... feminista... –dijo, como levantando alguna inmundicia callejera con la punta de un palo- ...si no lo es coincidirá conmigo en que las mujeres siempre complican un poco, o mucho, las cosas simples. Somos los hombres los que tenemos que ponernos de acuerdo y después, en la medida en que sea útil, comunicarles lo decidido.

Ante semejante declaración de principios no pude sino sospechar que alguien me estaba haciendo una broma. Porque tanta imbecilidad y tanta solemnidad juntas no podían ser naturales. Pero me era imposible imaginar quién pudiera estar tomándome el pelo. Y que estuviera al tanto de la incierta intimidad que me unía a Mónica.

Mónica ¿estuvo –y aún estaba- casada con este perfecto idiota? Aún cuando en realidad ella era un verdadero enigma para mí, me resistía a creerlo. Pero lo peor de todo era sentir que si este era efectivamente el ex de Mónica no tendría más remedio que aceptar la invitación. Pero ¿por qué? ¿Qué podía tener para hablar más que secretos morbosos de su fracaso matrimonial? Nada justificaba que fuera a verlo. Pero iría. Sentí que inevitablemente iría. Me enteraría de cosas que seguramente Mónica jamás me contaría por más íntima que llegara a ser nuestra relación. En resumen: aquello era una vuelta de tuerca más en este implicarme en una relación que no quería.

-Bien, de acuerdo –concedí, francamente irritado-, dígame dónde y cuándo nos vemos.

Quilone estaba en sus cincuenta largos, pero tenía el pelo implacablemente negro, retinto, como sólo lo puede tener alguien muy decidido a frenar el paso del tiempo. Y se lo aplastaba hacia atrás con gomina, de manera de presentar una frente lo más amplia posible, cosa nada fácil, ya que la naturaleza se había empeñado en negársela. La piel del rostro, muy blanca, le colgaba un poco bastante. Vestía traje y corbata, y de cuerpo

era cuadrado y un tanto rechoncho, aunque se paraba muy erguido, y no se le podían negar las horas de gimnasio. En conjunto lo que parecía era un militar retirado.

Propuso para nuestro encuentro una de esas whiskerías, supuestamente muy discretas, que sobrevivían a su anacronismo: prestaba servicios, desde hacía varias décadas, como escala técnica para escapadas pecaminosas. Al verme entrar se puso de pie, en actitud de ¡firmes! reconociéndome de inmediato, como si su oficina de Inteligencia le hubiera suministrado fotos más recientes. Aunque yo no lo recordaba en absoluto de la única vez que lo vi en su fiesta de bodas, no hubiera tenido más remedio que reconocerlo también de inmediato, ya que en aquel tugurio no había más que tres mesitas ocupadas, por parejas añosas.

Me tendió una mano pesada y seca, aunque de piel demasiado suave para un tipo tan fornido. Apretó fuerte la mía y la sacudió hacia abajo una sola vez, como siguiendo los modos de un severo protocolo. Pedimos café. Yo me sentía tranquilo y distante. Mi perspectiva era que todo aquello me importaba tres pepinos y que no me movía más que una especie de curiosidad morbosa.

-Le agradezco que haya venido. Su actitud demuestra la calidad de sus sentimientos –declaró.

-No creo entender bien lo que dice –lo corté, haciéndole ver que le tendría muy poca paciencia.

-Quise decir que su actitud demuestra que su interés por Mónica es sano y generoso –insistió, quizá un tanto irritado por mi salida.

Estaba buscando con qué tirarle pero no me dio tiempo. Fue directo al grano.

-Conservo una buena relación con los González, y por ellos supe de su interés por Mónica.

-¿Con cual de los González habla usted? –le pregunté en tono de interrogatorio duro.

-Hablo con Mónica, por supuesto... –soltó, un poco desconcertado.

-¿Hablan de mí?

-No, no de usted...

-¿Entonces?

-Sus padres me hablaron de usted.

-¿Ambos?

-No –corrigió, molesto-. Raúl González es uno de esos padres incomprensiblemente celosos... Nunca tuvimos una buena relación.

-O sea que Mariana le habló de mí.

Respiró hondo. Resolló, diría. Estaba sintiendo el rigor. Pensé que aquel absurdo encuentro tenía para poco.

-Mariana me contó de su interés, y de cómo Mónica lo ha venido manteniendo a raya.

Le noté en el tono de voz una puntita de desprecio. Tipo: después de mí, el Diluvio.

-¿Mariana le pidió que hablara conmigo? –pregunté, subrayándole con el tono que semejante idea me resultaba inconcebible.

-No, no... –se apresuró a aclarar-. Verlo fue idea mía. Quiero ayudarlo.

Quedé mirándolo, perplejo. Semejante afirmación superaba todas mis posibilidades de digerir demencia ajena. Quilone sonrió con una sonrisa que me pareció ni un punto menos que retorcida y vil.

-Quiero ayudarlo a conquistar a Mónica –afirmó tan lentamente como uno adelanta un alfil para dar un jaque mate, saboreando mi estupor.

¡También él conspiraba! ¿Cómo podía ser posible semejante cosa? ¿Dónde se ha visto que el ex le de una manito al nuevo pretendiente? ¿Qué razón podía tener este ridículo personaje para actuar así? Ridículo era su aspecto, ridícula su personalidad, y ridículo su proyecto. Traté de contenerme.

-¿Podría usted decirme –pregunté, impávido, como si estuviéramos llenando un formulario- por qué motivo quiere ayudarme?

-Por la más simple de las razones –contestó sin inmutarse, sobrándome un poco desde la supuesta superioridad moral que evidentemente se atribuía-: porque amo a Mónica, porque deseo que sea feliz, porque mientras esté sola sufre nuestra separación, y porque de acuerdo a lo que me dice Mariana, que lo conoce a usted desde siempre, se me hace que usted es el candidato ideal.

La soberbia del personaje merecía una respuesta en el tono más subido, pero yo estaba dispuesto a llegar hasta el final. No por él, que con todo y ser chistoso, me importaba un cuerno, sino por Mónica: la locura del personaje me resultaba una tortuosa vía de acceso a los misterios de Mónica.

-Comprendo –dije, como si tanta generosidad de su parte me hubiera iluminado, haciéndome entrar en razón-. ¿Y cuál sería el consejo que tiene para darme?

El tipo sonrió, satisfecho. Diría que se hinchó de satisfacción. Me miró desde las alturas de su superioridad, hecha de autoproclamada sensatez y sabiduría.

-Mano dura –dictaminó con olímpica concisión.

¡Mano dura! ¡Mano dura! ¡Me estaba sugiriendo que tratara a su ex con mano dura si lo que quería era conquistarla? ¡El tipo era un monstruo!

-¿O sea? –le pregunté con cara del mayor interés.

Me miraba ya con cierta simpatía. Le gustaba el respeto que mostraba hacia sus demencias. Su actitud de pronto era casi la del amigote que comparte el secreto de sus conquistas femeninas.

-Mónica es como una niña. No sabe bien lo que quiere. Hay que mostrarle el camino. Si uno es firme ella termina haciendo lo que uno quiere.

-Ya veo –dije, con cara de estar captando la profundidad psicológica de su estrategia-. ¿Así la trataba usted? ¿con mano dura?

-Con mano dura –confirmó-. Siempre. Y ella era dócil como la arcilla entre mis manos. No se resistía a nada que yo le ordenara. Como un perrito amaestrado.

Asentí lentamente con la cabeza como si su luz acabara con las oscuridades de mis entendederas.

-Le repito. A nada se resistía –insistió, dándole a la afirmación un tono tal que daba como para que yo imaginara absolutamente cualquier cosa que el morbo quisiera dictarme.

Respiré honda y sonoramente, como si en ese mismo momento tomara la decisión de seguir su consejo.

-Lo que Mónica no quiera darle, tómelo de todas maneras. A la fuerza si es necesario –insistió, con un tono de sobreentendido que no dejaba lugar a dudas respecto de a qué se refería, un tono que invitaba a imaginar nuevas fronteras de la exigencia y de la sumisión.

Sentí que ya tenía la bolsa repleta de maravillas y que ya no quería seguir soportando la jeta de Rodolfo Quilone. Sin embargo tenía un par de preguntitas más para hacerle, y no se me iban a quedar en el buche sólo por la náusea que el tipo me provocaba.

-Dígame, Quilone –pregunté, tan respetuosamente que daba asco-, si usted ama a Mónica como dice ¿por qué se separaron?

Me miró largamente en silencio, con un gesto en la boca con el que pretendía decirme que estaba evaluando si debía o no hacerme partícipe de tal secreto.

-Mire, Ernesto –dijo, finalmente-, esto no se lo diría a nadie, se lo digo a usted porque lo que está en juego es la felicidad de Mónica.

Hizo una pausa cargada de dramatismo. Realmente esperaba que me saliera con cualquier cosa, pero lo que dijo superó todas mis expectativas.

-Al casarnos estaba convenido de antemano que nuestro matrimonio duraría diez años.

Me vio tan atónito que no pudo evitar una sonrisa de triunfo. Realmente me tenía en la sartén, me había bailar con su música.

-Antes de casarnos la hice aceptar que nuestro matrimonio duraría ese plazo, ni un día más ni un día menos.

-Pero ¿por qué? –conseguí articular.

-Como ve, soy mucho mayor que ella. Usted no lo sabe todavía porque es joven, tan joven como ella, pero a partir de determinado momento la vida no es más que un prepararse para la muerte. De ninguna manera iba a permitir yo que, cuando ella aún se preparaba para la vida, tuviera que convivir con mi preparación para la muerte. Mónica tenía que regresar a la realidad –agregó, filósofo- para ser feliz con gente de su edad.

No podía ser cierto lo que me estaba diciendo. Y sin embargo no podía estar mintiéndome. Sabía que yo podía corroborar con Mónica la veracidad de lo que me estaba diciendo. O sea: que el tipo estaba rematadamente loco y había enredado en su locura a la pobre muchacha. ¡Con sus delirios de grandeza había engatusado a una adolescente quizá demasiado imaginativa y la había embarcado en una relación que sólo podía satisfacer la autoproclamada magnanimidad de su ego!

Pero ¿y los González? ¿Cómo no se opusieron a semejante cosa? ¿Conocían la cláusula oculta de semejante contrato matrimonial? ¿Cómo no se percataron de la naturaleza de la relación en que su hija empantanaba su vida? ¿Cómo entregaron a su única hija, aún adolescente, a semejante sujeto? Deben de haber dado una verdadera batalla para evitar ese matrimonio tan desigual. Deben de haber tenido que ceder ante la decisión inquebrantable de su hija de unirse al demente que había emponzoñado su alma. ¡Quizá los González sólo cedieron cuando supieron que aquello sólo duraría diez años! ¡O quizá sólo cedieron cuando lograron –de él, por supuesto- la promesa de que sólo duraría diez años!

A esta altura me sentía mareado, como si hubieran metido mis sesos en una batidora. Era demasiado. Estuve a punto de pararme y de dar vuelta encima del infame la mesa del boliche. Pero me quedaba una pregunta antes de huir de ahí. La pregunta que no me hubiera perdonado no hacerle.

-Entonces la sigue viendo a Mónica. ¿Para qué?

Esbozó una sonrisa entre paternal y sobradura. Pensé con asco que esa noche el tipo se iba a dormir sintiéndose especialmente generoso y sabio.

-No, Ernesto –dijo-, no piense eso. Cada tanto la dejo venir a casa. Cuando me llama deprimida. Viene y pasa la tarde conmigo. Conversamos un poco. Yo me ocupo de mis cosas y ella me prepara alguno de mis platos favoritos. Cosas así –agregó con un gesto vago-. A veces nomás viene y se pasa la tarde durmiendo.

-Ya veo –interrumpí, tratando de no sonar irónico-. Como que estando con usted un rato recarga las pilas.

-Algo así. No está siendo fácil para ella la separación.

-Y ahí es donde entro yo. Soy el que va a normalizar la vida de ambos. De ustedes, quiero decir.

-Si Dios quiere... y si usted sigue mi consejo.

Quedamos mirándonos. Él satisfecho, con la paz en el espíritu. Yo, sabiamente aleccionado.

-Mano dura, entonces –concluí.

-Hágame caso. No tenga temor. Es lo mejor para ella. Es lo que ella necesita. Que uno descubra la docilidad de su alma –me aseguró con un tonito que me pareció francamente obsceno.

No tenía razón alguna para pensar que Mariana hubiera utilizado deliberadamente a Quilone para lograr su objetivo de unirme a Mónica. Sencillamente mis padres no hubieran cultivado una amistad con gente capaz de semejante cosa. La sencillez y rectitud de espíritu de Pedro y Sofía estaban fuera de duda en cualquier especulación en la que me embarcara. Seguramente que Mariana en un momento de bobera le había confiado a su ex yerno sus ansiedades, sin saber cómo podía reaccionar el fulano. No tenía sentido llamarla para interpearla por el tema. No tenía sentido, a menos que mi plan fuera distanciar definitivamente a los González de su ex yerno. ¡Pero yo no tenía ningún plan! Hasta donde era yo capaz de escuchar en mis intenciones todo el asunto me era indiferente, aunque por torpeza y distracción me hubiera dejado enredar bastante más de lo aconsejable. Me pregunté si Quilone la llamaría para contarle de nuestro encuentro. Si era lo bastante chiflado como para concebir la escenita que me propinó, bien pudiera ser que necesitara exhibir su montaje. Si no lo hacía con la madre, lo haría con la hija, quizá disimulando y aderezando adecuadamente aspectos de lo conversado conmigo.

Así me tenía el maldito asunto: cavilando acerca de cual debía ser mi próximo movimiento. ¡Como si tuviera la obligación de hacer algo! Uno se enreda con dementes

y acaba loco. De alguna manera, sin concientizarlo demasiado, aquello era como una especie de juego, y me tocaba mover, era mi turno. Hay una especie de vértigo, de embriaguez en el juego: o uno se para decidida, inequívocamente fuera, o no tenés más remedio que jugar cuando llega tu turno.

Cualquier cosa menos ver a Mónica. ¡Pobre muchacha! No era más que una chiquilina cuando se encontró en manos de un manipulador de la peor calaña. ¿Qué no habría hecho con ella si a esta altura de la cosa se divertía dando consejos para manejarla a piacere? Mejor no imaginar lo que pudo haber sido ese matrimonio. Bastaba con saber que cada tanto la pobre mendigaba irse a dormir la siesta –o quién sabe a qué– a la cama del tipo. ¿Y lo del matrimonio a plazo fijo? ¿Había ella comulgado conscientemente con semejante filosofía o sólo era otra muestra de su sumisión total? Las preguntas revoloteaban apremiantes e incisantes en mi mente, tal y como si mi magín fuera un panal de avispas.

Al anochecer de ese mismo día manejé hasta Punta Gorda. Pedro estaba colgado de Internet rastreando novedades en tecnología médica y en farmacología. Una vez por semana se reunía con colegas igualmente jubilados y le gustaba mostrar que se mantenía al día.

-Ahora voy –me dijo sin mirarme cuando lo saludé. Ese ahora podía ser un rato largo, como le sucede a cualquiera navegando la Red. Mejor así: mi intención era conversar con Sofía. Con ella tengo menos protocolos en los asuntos íntimos.

-Hablame de Rodolfo Quilone –le solté, yendo directamente al grano.

Sofía, por supuesto, me conoce mejor que lo que yo mismo me conozco. Para eso están las madres. Y seguramente que esperaba que en algún momento le trajera ese tema. Me respondió antes que nada con un largo suspiro, que como prólogo bastaba y sobraba.

-No lo conocí mucho. Pero me pareció la persona menos indicada para una muchacha introspectiva y retraída como lo era Mónica.

-¿Eso le dijiste a los González?

-Ellos pensaban lo contrario. Sobre todo Mariana. Ella pensaba que Mónica necesitaba a su lado alguien que le marcara el paso, que la despertara...

-Un milico...

Sofía levantó las cejas y volvió a suspirar. Aquel asunto significaba para ella una resignación vieja, pero no completamente cicatrizada.

-No sé qué decirte, Ernesto. En la medida en que me parecía un error, aquel matrimonio me dolió como si fuera una hija.

Una hija... De pronto entendí: los Ferreira habían querido tener, además de mí, una hija; y los González seguramente habían querido tener, además, un hijo. Casándonos no solamente sellaban definitivamente su amistad, también realizaban un deseo frustrado. Recordé cuando Raúl espontáneamente me llamó "hijo".

-Pero Mónica, ya lo ves, sobrevivió a ese error –dijo Sofía, tratando de invertir la manera de encarar el asunto-. No se puede decir que haya sido afectada negativamente... Ella es dulce, inteligente, responsable. No quiero decir que un error así sea completamente inocuo, pero es algo que va a dejar atrás. Por suerte no hubo hijos, y ella es una chiquilina todavía. Tiene todo por delante.

Así habló Sofía. Serena, sin énfasis, buscando lo positivo, como siempre. Sin voluntad de venderme nada. Fui entonces sincero yo también, era el momento, y la persona adecuada.

-Ustedes y los González están conspirando un poco ¿no?

Se rió. Se encogió de hombros. No trató de escurrir el bulto.

-Un poco. Pero no se trata de presionar a nadie. Te imaginarás que a mí nada me importa más que tu felicidad. Los problemas de los demás, de última, son los problemas de los demás.

Sofía estaba preparando café con leche y sandwiches calientes. Compartí con ellos la merienda nocturna y regresé sosegado. Eso tiene Sofía, mi madre, la capacidad de poner las cosas en sus justos términos.

Me acosté pensando en llamar temprano a Camila para invitarla a pasar el fin de semana en Piriápolis, convencido de que alejarme, desaparecer era lo mejor. Pero no eran las ocho de la mañana cuando me despertó el teléfono. Era Mónica.

-Hola –dijo, pero fue un "hola" tan chiquito que apenas pude oírlo y apenas pude saber que era ella. Después no dijo nada más.

-Mónica... ¿sos vos? ¿cómo estás?

Silencio, silencio, silencio. ¿Se habría cortado la comunicación? Medio dormido como estaba, llegué a cabecear, a punto de volver a dormirme. De hecho, pensé que quizás estaba soñando.

-Mónica...

Nada. Pero ahí estaba. Afinando el oído la oí respirar.

-Perdón, perdoname –dijo, y cortó.

Al ras de la vigilia, al borde del sopor como estaba, la absurda llamada me había dejado una sensación dulzona. Vagamente recordé que había estado teniendo un sueño sensual. Sin duda trasladé a la titular del telefonazo parte de la nube de delicia en la que estaba. Boca abajo como estaba sentía entre el colchón y mi vientre una parte de mí dolorida de tan rígida. Perdió pie mi conciencia y de pronto el colchón se abría como un mar y mi quilla se deslizaba abriendo el mar, y me sobrevenía una sensación total de libertad y vuelo. No supe más de mí hasta casi mediodía, cuando desperté liviano como un pájaro, de maravillas, como si hubiera alcanzado la cima del Aconcagua y poco o nada me quedara por alcanzar en este mundo para ser feliz.

De pronto, como un rayo cayendo en cielo abierto, la idea de que Mónica me había llamado para despedirse se adueñó de mi mente. ¿Quién llama antes de las ocho de la mañana, pide perdón y corta? Un suicida, obviamente. Un falso suicida, en realidad. Uno que quiere que vayan a rescatarlo. ¡Pero yo había seguido durmiendo! Horas habían pasado desde la llamada. Quizá ya era demasiado tarde.

Encerrada en sí misma, depresiva crónica quizá, con una historia sentimental ya no escabrosa sino tremebunda... Salté de la cama y empecé a vestirme. Torpe y confundido por el susto, todo me costaba el doble de esfuerzo. Poniéndome los pantalones casi me voy de cabeza al piso. Pero ¿qué iba a hacer? ¿correr a su casa? ¿tocar timbre y preguntarle a quien abriera si Mónica estaba bien? ¿y si no estaba en casa? ¿qué? ¿organizaría la búsqueda? ¿con qué excusa? No. Stop. Primero llamaría por teléfono. Era lo lógico. Marqué el número de los González. Atendió Mónica.

No hablé. Pero respiré hondo, aliviado. Ella también calló. Sabía que era yo. Aquello era como una desavenencia entre adolescentes enamorados: llamadas, silencios, suspiros, balbuceos.

-¿Qué es lo que tengo que perdonarte? –pregunté finalmente, entrando una vez más en el juego.

¡¿Qué era lo que tanto me atraía en ese juego como para entrar una y otra vez aunque no quería hacerlo?! Ceder. Eso era lo que me atraía. Gozaba cediendo. Pero ¿por qué? Santo Dios ¿por qué? Ceder poco a poco, deslizarme dentro de la trampa, en las fauces de la bestia, en su pantano, en sus tripas.

-Mamá y papá... –balbuceó, apenas audible- ...y tus padres... han estado... –y ahí se trancó, largamente. No la ayudé en absoluto- ...molestándote.

-¿Molestándome? –le ladré, como si más que molesto estuviera ofendido.

-Siento que estuvieron tratando de que nosotros... —se trancó otra vez, le costaba decirlo, o al menos eso quería dar a entender.

-¿Nosotros qué? —insistí irritado, como un profesor que se impacienta con el alumno que apenas sabe la lección.

-Que nosotros...

Comprendí. Aquello era puro morbo. El juego se había invertido. Ahora ella gozaba con la vergüenza de ceder, de pronunciar, de verbalizar lo vergonzoso: la oferta que sus padres me hacían de su querida muchachita.

-¿Qué nosotros qué? —insistí, amenazante.

-Que nosotros... nos arreglemos —dijo por fin, soltándose, deslizándose dentro de las sentinelas del goce vergonzoso.

-¿Tus padres quieren... darme a su hija? —pregunté fingiéndome extrañado de semejante cosa.

-Si... —su voz sonaba ahogada por el goce- ...quieren darme... quieren darte a su hija...

-Pero ¿por qué? ¿qué podría yo hacer contigo? ¿para qué te querría?

Tenía clarito que si las palabras era absurdas, eran a la vez las justas, las necesarias ¿para qué? para que ella vibrara en su goce. ¿A qué jugábamos? ¿El corazón de qué queríamos tocar? ¿Qué estaba realmente en juego? Había una especie de coraje radical en Mónica. Estaba dispuesta a jugar el juego hasta el final. Se abría y se abría para que yo la penetrara con mi bisturí de palabras. Coraje, sí, pero al fin y al cabo era su juego, ella lo había inventado. Yo sólo cedía.

-Para lo que quieras... —susurró con un hilo de voz tembloroso- ...me querrías... para lo que quieras...

Allí estábamos, plantados en la orilla extrema. Sentí que si daba un paso más yo no habría marcha atrás, ya no sería posible el retorno. No estaba dispuesto a dar ese paso, pero habíamos empujado la situación hasta un punto en el que no podíamos salirnos sin violencia. Por lo demás, la realidad era que yo estaba físicamente en tal condición que, para decirlo de alguna manera, su goce se me había contagiado, y me arrastraba hacia un punto en el que quizás, también yo, debería alcanzar una consumación. Felizmente, pensé, aquello era una conversación telefónica, y cualquier consumación que se alcanzara no sería más que un asunto personal y privado.

Respiré hondo, buscando controlarme para tratar de salir de aquello de la mejor manera. Pero mis suspiros hacían su respiración más agitada. ¡Quizá ella estaba ya fuera

de control! Quizá fuera mejor así, que se sosegara para poder zafar de una vez. Finalmente la oí soltar un suspiro largo y profundo. Quizá también, apenas audible, un gemido.

-¿Estás ahí? —pregunté.

Se aclaró la garganta.

-Estoy —dijo con voz pastosa-. O eso creo...

Iba a decirle que no sabía que decirle. Iba a fingir demencia o tontería o algo que me permitiera salirme por la tangente cuanto antes. Pero en ese momento actuó el veneno que me había inyectado el maldito señor Quilone. Recordé su consejo: mano dura.

Supongo que por lo perturbado que estaba fue que no supe resistir la tentación.

-¿Estás bien? —pregunté.

-Sí —susurró.

-¿Te gustó? —pregunté, y me costó decirlo, porque de pronto se me había secado completamente la garganta. Oí su respiración temblorosa.

-Sí —dijo. No preguntó a qué me refería. Aceptaba lo implícito en mi pregunta.

-¿Mucho? —pregunté.

-Sí —dijo, dócil.

-Bueno —dije, ya dominador, si no de la situación, de mis emociones-. Cuando tenga un rato libre te llamo.

-Bueno —dijo, suavecito.

Corté. Quedé tan perturbado que no podía concentrarme en prepararme para salir a trabajar. El cuerpo me hormigueaba. Me preguntaba si ella habría tenido que tocarse o si no le había sido necesario. En el estado en que estaba no podía salir a la calle. Sólo había una solución. Llamé a Camila. Estaba ella también por salir a trabajar. Le pedí que se tomara un taxi y que viniera a casa. Que luego yo la llevaría en el auto. Me bañé y me vestí. Llegó Camila. No era cuestión de desnudarnos y meternos en la cama. Me senté en el sillón y ella se arrodilló entre mis piernas. Gorjeó encantada al ver en qué estado la esperaba. Me guardé muy bien de darle los detalles. Gorjeó aún más encantada cuando comprobó, rápidamente, la abundancia de pasión que desbordó de mi cuerpo. Aplacado, tuve un buen día de trabajo y no volví a pensar en Mónica hasta el final de la jornada.

Decidí quedarme en casa, solo, esa noche. Necesitaba pensar una manera de salir definitivamente del asunto con Mónica sin generar una crisis. Jamás me perdonaría

perjudicar con mis torpezas el feliz entendimiento entre los González y los Ferreira. Pasé por el súper y compré pan, vino y camarones. Apagué los teléfonos y después de relajarme un buen rato en la ducha, me dispuse a prepararme un omelette.

Lo primero era asumir que lo que habíamos tenido por teléfono había sido, tan peculiar como se quiera, una relación sexual. Habíamos cruzado la raya y eso cambiaba todo, instalaba nuestra relación en otro nivel. Si se ha tenido sexo con alguien –no importa cuán abstracta haya sido la interacción- no es lo mismo que si no se lo ha tenido. La posibilidad de seguir haciéndome el distraído y fingir que no ha pasado nada había quedado definitivamente excluida. Cortar con Mónica, terminar con el asunto, era ahora cortar con alguien –la hija de los amigos íntimos de mis padres- con quien había tenido sexo.

Obviamente que lo que tenía que hacer era decirle abiertamente a Mónica que yo no deseaba que nuestra relación se transformara en un noviazgo, y que por consiguiente lo mejor era regresar a los términos de simple amistad en que estábamos antes. Eso no iba a ser fácil. Ella no me había llamado temprano para despedirse antes de matarse sino – fuera consciente o no de ello- buscando a través del diálogo profundizar en la intimidad. Quizá aún cuando yo cerrara la perspectiva de noviazgo, ella querría mantener la relación en el nivel en que la había dejado nuestra conversación telefónica, por demás satisfactoria para ella –o para ambos, sería justo decir.

Lo que había sucedido en nuestra conversación telefónica no había sido un cachondeo cualquiera. Ella había encontrado su goce al ser forzada a decir, a verbalizar que me estaba siendo ofrecida –aunque no como ella dijo “para lo que yo quisiera”, eso era su fantasía, sino para ser mi mujer, mi legítima esposa. Pero era, sin duda, ese ser ofrecida, como un objeto, más allá de su voluntad, lo que la había encendido hasta alcanzar la consumación. El consejo de Quilone se había demostrado cierto. Tenía razones para saberlo, y no había tratado de engañarme. Mónica gozaba sometiéndose a la “mano dura”, a ser ofrecida y tomada al margen de su voluntad. A saber cómo habría utilizado Quilone semejante peculiaridad. Mejor no saberlo. Para mí, que siempre me he considerado normal, ajeno a cualquier tipo de perversión sexual, semejante perspectiva era como abrir una puerta directamente sobre un abismo, y descubrir que no hay nada que atraiga con más fuerza que un abismo.

Pero además a esta altura estaba claro para mí que la instancia ineludible de diálogo que tendríamos que enfrentar no iba a ser sencilla también porque yo mismo había estado cediendo, me había dejado envolver poco a poco por el asunto, por ninguna otra

razón que porque en ello encontraba un placer. Un placer angustioso, como el de los niños que quieren ser asustados. Como el de los sueños en que somos perseguidos y las piernas no nos responden, y sentimos cómo inevitablemente vamos a ser alcanzados por el perseguidor. ¿Por qué en definitiva no asumir ese placer, no ceder de una vez y por completo, entregándome a la relación con ella en todos los niveles en que debiera ser? Eso nos haría al parecer felices a todos: a los González, a los Ferreira, a Mónica, a mí... y a Rodolfo Quilone. ¿Por qué no ceder?

Si me resistía era porque nunca me había gustado ese ser medio patético de tan hermético y retraído que siempre había sido Mónica –era esa una resistencia que me venía desde muy atrás en el tiempo; arcaica, digamos-, pero también me resistía porque me parecía absurdo que una conspiración de los González y los Ferreira viniera a decidir mi vida sentimental, y porque me parecía vicioso y repugnante el matrimonio que la muchacha había vivido durante diez años –ni un día más ni un día menos- con un freak de cuarta como Rodolfo Quilone. ¿Eran insuperables las razones que tenía para resistir? Tuve que confesarme que, en el fondo, no tanto.

Como a las diez de la noche sonó el timbre del intercomunicador. Era Camila. Me explicó que estaba preocupada porque mi teléfono sonaba y no atendía. Pensó que pudiera haberme pasado algo, como resbalar en la bañera, o tocar un cable pelado, o algo así. En realidad, obviamente, le había picado el bichito de los celos y decidió darse una vuelta para ver qué encontraba. Le expliqué que tenía que preparar un examen y me aseguró que esperaría a que terminara de estudiar, sin molestarme. Pero no tardaron las aguas en encontrar su cauce natural. Me pidió entonces reciprocidad, aludiendo al servicio que me había prestado por la mañana. Puesto que soy naturalmente equitativo me impuse satisfacer su pedido. Justo cuando parecía que estaba a punto de lograrlo frustró mi esfuerzo exigiendo que la cosa pasara a mayores, exigencia que a esa altura de las circunstancias respondía también adecuadamente a mis necesidades y a mis deseos.

## III

Puesto que me resultaba imposible enhebrar un discurso que me permitiera encarar con alguna coherencia a la interesada, terminé por adoptar el criterio popular según el cual si uno no puede solucionar un problema lo mejor es dejar que se solucione solo. Y como ni Mónica ni el cuarteto volvieron a llamarme, pasaron un par de semanas sin que volviera a pensar en el asunto.

Fue Raúl el que se comunicó finalmente, eufórico con su gran noticia.

-Querido Ernesto, felicitame: me dieron el Gran Premio.

-No me digas... ¿por aquel cuadrito en el que estoy yo?

-Vos y Mónica.

-Fantástico. Felicitaciones –dije, aunque poca gracia me hacía aquella especie de matrimonio en los cielos del Arte.

La invitación era para cenar el sábado siguiente en su casa, y obviamente que no me podía negar.

Otra Mónica me abrió la puerta. Se había cortado el pelo, vestía con informal elegancia y lucía un delicado maquillaje. Sin duda que un cambio producido por un equipo de especialistas. Creo que fue la primera vez que su indumentaria no impedía comprobar que su cuerpo no estaba exento de determinadas curvaturas. Lástima que su expresión revelara que en realidad se sentía disfrazada. La saludé con un beso en la mejilla, pero apenas rozándola, casi sin contacto.

-Hola –dijo, sin sostenerme la mirada y escondiendo una mínima sonrisa.

-Hola, te ves muy guapa –dije, frío y formal.

Además del cuarteto había ahí un señor muy elegante, de pelo y barba plateados y con un largo apellido alemán, que me fue presentado como el marchand de Raúl. Hubo brindis, y anécdotas proporcionadas por el marchand, que estuvo presente en el lugar de los hechos.

El nombre del premio era Lupa de Oro.

-Y les aseguro –declaró sobriamente bromista el comerciante- que no importa en absoluto la calidad del lente.

-Lo mismo daría si le pusieran un culo de botella –enfatizó Raúl, eufórico

-Estoy en los trámites de exportación para traerlo –explicó el marchand-. Créanme que no es fácil sacar oro del Reino Unido.

Circuló de mano en mano el pressbook de la Bienal. Ahí estaba reproducida la obrita vencedora, con nuestros nombres debajo. Combinación perfecta para adornar la invitación a la boda, pensé. Y no tuve dudas de que lo mismo –exceptuado el marchand, ajeno al asunto- pensaron todos los presentes.

La cena, opulenta, invitación del comerciante, se le había encargado a uno de los mejores chefs de la ciudad. Rack de cordero a la francesa. El tema de conversación dominante en la mesa fueron las posibilidades de comercialización que se le abrían a la producción de Raúl.

-Por razones de buen gusto no voy a detallar las ofertas que recibí por la obra premiada. ¡Me daba vértigo rechazarlas! –aseguró el intermediario-. No me querían creer que el artista prefería guardársela. ¡Creían que yo trataba de forzar el precio a la suba, y me ofrecían más!

-¡Qué diablos! –tronó Raúl-. ¡Acaso Vermeer no se guardó El Arte de la Pintura? ¡Pues esta es para mí! O más bien dicho, para mi familia –agregó inclinándose sobre la mesa para lanzar una mirada hacia donde Mónica y yo, codo con codo, cenábamos calladitos.

Sofía y Pedro, y también Mariana, e inevitablemente también el marchand, siguiendo la mirada de Raúl se volvieron para mirarnos. Puse cara de palo. ¡Basta de estos jueguitos! estuve por gritar. Y a punto estuve de levantarme e irme.

-Este es tu momento, Raúl –siguió el marchand-. Podés relajarte, descansar un poco, aflojar el ritmo de producción. Con el tirón que va a haber en los precios podés hacer la plancha por un buen rato.

-¡Qué va! –exclamó Raúl-. Este es el momento de darle con todo. Quiero dejar ricos a mis nietos.

Hubo risas y aplausos, y se volvió a brindar. Yo ya ni oía lo que decían, de la rabia que sentía. Sofía, por supuesto, comprendió mi humor, y muy discretamente me hizo un gesto con la mano para que me tranquilizara.

Cumplido el plato principal, mientras la conversación de los mayores se encrespaba en las vasterdades del fascinante mundo del mercado del Arte observado desde la estratosfera del éxito, me incliné hacia Mónica y le dije, en voz muy baja, y casi en tono de orden:

-¿Podés venir conmigo un momentito?

Mónica no respondió, pero dejó sobre la mesa la servilleta que tenía sobre la falda. Retiré su silla y salimos del comedor sin dar explicaciones, dejando detrás nuestro una breve estela de silencio.

Sin consultarme, Mónica subió la escalera y se dirigió hacia su dormitorio. Cerró la puerta cuando entramos. Me senté en el sillón y ella en el borde de la cama, con cara de niña que espera ser severamente reprendida. Lo que yo experimentaba era una gran desazón. Me era imposible imaginar qué decirle que tuviera algún sentido más o menos consistente. Pero había que hablar. Y a la vez algo en mí se oponía a una explicación definitiva que conllevara la ruptura. Me pregunté en ese momento si lo que me daba placer no era el filo de ambigüedad en el que transitaba nuestra relación.

-Es evidente que, no por culpa nuestra, pero estamos en una situación por demás... equívoca –dije porque había que decir algo.

-Si –dijo ella, ocultándose como siempre la mirada.

Proferir cada palabra me costaba como si me hubieran puesto una garganta de plástico.

-Quisiera saber si alguna vez le explicaste a tus padres que entre nosotros... no hay nada.

No respondió. Miraba fijamente la moquette. Exactamente como una chiquilina reprendida por su maestra. Su silencio era una respuesta. En vez de decirle “Tenés que hacerlo” y sellar así el asunto, una vez más, por enésima vez, tomé el camino equivocado, el que conducía directamente al atolladero. ¿Pero era el camino equivocado? ¿o era el que conducía a donde yo en realidad quería ir?

-¿Por qué no lo hiciste? –pregunté, seco y severo.

Era otra pregunta que no necesitaba respuesta, de manera que permaneció cómodamente instalada en su coraza de silencio.

-No sé, Mónica –insistí-. Creo que no nos estamos entendiendo.

-Yo creo que sí nos estamos entendiendo –dijo finalmente como si le hablara a una hormiguita que se esforzara por cruzar la moquette.

De pronto, como si hubiera tomado una decisión, levantó la cara y me miró a los ojos, larga y fijamente, con la evidente intención de decirme cosas sin abrir la boca, como lo había hecho aquella vez a través del espejo. ¡Y vaya si decía cosas, aunque se negara a traducirlas con palabras! Tantas cosas decía que tuve que replegarme, abandonar mi posición dominante y disponerme a escuchar su mudo discurso.

Me miraba con tal intensidad como es raro que lo miren a uno, como creo que nunca nadie me había mirado. Me miró como para quemar mi máscara, como para quemar esa careta que más o menos inconscientemente siempre llevamos puesta. Miraba al tipo que realmente soy: al pelotudo que nunca le dio bola y que siempre la miró desde arriba, que se cree irresistible y que juzga al mundo desde su mente cuadriculada de contador público. Su mirada era un estallido mudo que me exigía que me dejara de joder con mis pendejadas, y que ni se me ocurriera negar que le tenía ganas, que tenía ganas de hacer con ella precisamente las cosas que ella quería que le hiciera.

Quedé estupefacto. Comprendí con una sola bofetada lo imbécil que había sido creyendo que Mónica era simplemente una especie de flan, que no había en ella más que la actitud pasiva y retraída. Quedé sin respuestas para las preguntas que ella no necesitaba formularme. Totalmente dispuesto a rendirme a la ferocidad muda que me revelaba. Pero entonces, en el momento justo, el demonio vino a soplarle al oído mi parte del libreto, volvió a soplarle al oído las palabras mágicas: mano dura. Allí estaba ella, brillante en sus ojos la exigencia de que me dejara de joder. ¡Y yo tenía que responderle aplicándole “mano dura”! ¿Cómo, pues? Tragué saliva. Me puse de pie.

Creo que me puse de pie con la intención de huir, de salir pitando. Pero sin saber qué hacia, como poseído por mi demonio consejero, di los dos pasos que nos separaban. Ella esperaba, sin apartar los ojos de los míos, toda tensión, toda espera. Le tomé la cara desde abajo, con la palma de la mano abierta y hacia arriba, como se toma a un perro por la quijada para inmovilizarle el hocico. Se dejó hacer, desafiante la mirada. Entreabrió los labios. Jadeaba un poco. Pensé: “Ahora sí que no hay vuelta atrás”. No me importó. Ya nada me importaba. Estaba en erección y de pronto sabía exactamente qué iba a hacer, por absurdo e impensable que fuera. “Voy a hacer” me dije con la convicción de un demente “precisamente lo que ella espera que haga”. Tomada por debajo de la mandíbula como la tenía, le hice girar la cara hacia un lado y luego hacia el otro, lenta y firmemente, como se puede hacer con un animal dócil. Mónica abrió más la boca, como si yo se lo hubiera pedido, como si la maniobra que le aplicaba tuviera esa finalidad. Entonces le acerqué mi vientre, la hice apoyar la cara contra el bulto. Cerró

los ojos. Jadeaba. Frotaba torpemente el morro contra mi erección. Bajé la cremallera. Mónica tragó saliva. Liberé el miembro. Sin abrir los ojos lo olió.

Yo nunca había vivido una situación de índole tal. Tan extraordinaria. Mis conquistas siempre fueron convencionales, paso a paso, consensuales, hasta llegar a todo lo que hubiera para llegar. Pero nunca así, sin protocolo alguno, según me parecía, o con un protocolo tan absolutamente original. Estaba tan excitado que ya no podía ni pensar. De hecho, lo único que sí sabía sin lugar a dudas era que estaba a punto del desborde. Sabía también que no debía aflojar esa toma como de quijada de perro, de perra, porque ella estaba gozando siendo así tomada. Descapoté el miembro. Una lágrima cristalina rodó desde la boquita del glande. Apoyé la punta contra sus labios. Recogió la humedad con la punta de la lengua. Después adelantó la cara para tomar la cabeza del miembro entre los labios. Sentí que me iba. Tuve que concentrarme para impedírmelo. ¿Qué si Raúl abría la puerta y nos encontraba así? Adelanté el vientre deslizando el miembro cuanto pude dentro de su boca. Mónica jadeaba. Sentí que lo que yo hiciera en ese momento estaba bien para ella. Pensé en descargarme en su garganta, en aliviarme. Pero no lo hice. Me sobrevino una total frialdad. Me retiré, solté su mandíbula, guardé la evidencia y subí la cremallera. Mónica me miraba con los ojos muy abiertos, de pronto tembló, se estremeció toda, como si se le escapara el alma, escondió la cara. Tomándola otra vez desde abajo la obligué a mirarme. Cerró los ojos, pero no intentó liberarse. Ya no estaba conmigo, estaba concentrada en venirse. El rostro se le congestionó, apretó los muslos, jadeó con fuerza una y otra vez, hasta que gimió suavemente y se aflojó. Abrió los ojos. La solté suavemente, casi con mimo.

-¿Ya está? –le pregunté, no sin dulzura.

-Si –musitó.

-Vamos –dije.

Obedeció parándose, floja y temblorosa.

Estaban en la sala bebiendo farolones de cognac. El marchand fumaba en pipa, Raúl fumaba un habano. La conversación se cortó y todos se volvieron para mirarnos. Sólo si fueran estúpidos podrían no haber notado las huellas de turbación en nuestros rostros. Florecieron las sonrisas comprensivas. La parejita tuvo necesidad de alivianarse un poco.

-No saben el postre que se perdieron –dijo Mariana, fingiendo tontería.

-Podrían habernos avisado –contesté con tono calmadamente irónico.

-Ni Dios permita molestar a los jóvenes cuando se encierran –tronó Raúl.

Me senté en el sofá entre Pedro y Sofía. Mamá tomó mi mano entre las suyas y apoyó la cabeza en mi hombro. Su varoncito cumplió. Mónica se sentó en el brazo del sillón en que estaba su padre, se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Lo hizo mirándome de reojo. Interpreté su intención al instante. Como si me la estuviera explicitando palabra por palabra. Me hablaba de los diversos usos de su boca de hija. Raúl se volvió hacia su hija y le sonrió, y como ella aún me miraba, se volvió hacia mí y también me sonrió. Aprobaba los diversos usos de la boca de su hija. Por supuesto, quizá mi interpretación del beso y la mirada eran directamente delirantes. En todo caso sirva como ejemplo del estado de morbosidad en que me estaban poniendo los modos y maneras que tenía Mónica de relacionarse conmigo. Aquel jueguito me conmovió de tal manera que temí que la oleada de fervor me resultara por fin incontenible.

No tardó en finalizar la velada. Pero no antes de que yo me tomara un cognac largo de un solo trago y me diera a la locuacidad como nunca antes, como un enamorado correspondido y feliz de su condición. En lo que quedaba de la velada me dediqué -con una embriaguez que no me venía del cognac- a demostrar que podía ser el más simpático de los prospectos imaginables. Al partir los invitados Mónica y yo nos saludamos de beso, que yo pretendí protocolar pero que ella estampó con sonora intensidad contra mi mejilla. Había quedado en llamar a Camila apenas llegado a casa, pero la llamé desde el auto y le dije que se diera prisa en llegar. Me esperaba en la puerta del edificio cuando llegué. No tardó en cosechar, una vez más, lo que no había sembrado.

Viví los días siguientes en perfecta paz de espíritu. Ahora ya todo estaba jugado. Ni soñar con seguir tan campante, haciendo de cuenta que la única novedad en mi vida era que tenía una nueva amante, dócil y medio masoquista. Tarde o temprano tendría que formalizar. No me inquietaba, ni mucho menos me deprimía, la perspectiva. Lo que se dice enamorado, nunca lo había estado en mi vida. De hecho, no sabía muy bien qué fuera eso. Pero Mónica, como posible cónyuge, tenía sus ventajas. Para empezar, ponía la frutilla en la torta de un óptimo relacionamiento entre nuestras dos familias., lo cual, repito –al menos para mí- no era poca cosa. Los González tendrían el hijo que seguramente desearon y no llegó, y los Ferreira tendrían la hija que imagino que desearon y no tuvieron. Además estaba seguro de que Sofía, por supuesto, se llevaría de maravillas con Mónica. Para continuar, Mónica misma, si bien en términos generales un

poco apagadita de carácter, era una muchacha por demás presentable: inteligente, culta y de muy finas maneras. Finalmente estaba claro que, aunque de una manera un tanto peculiar, pero era perfectamente capaz de encender mi pasión, lo cual no era tampoco poca cosa.

Me vino una especie de ansiedad, de urgencia por verbalizar aquello, por terminar de concertarlo, de manera a los pocos días volví a marcar el número de los González.

-Ernesto ¿cómo estás? –tronó Raúl en el teléfono-. Contigo quería hablar.

Y ahí mismo, sin más trámite, arremetió con artillería pesada.

-No se equivocaba mi mercachifle cuando decía que mis precios iban a volar. Quiero que seas mi contador, pero sobre todo mi consejero en materia de inversiones. No, no me digas nada ahora, pero te advierto que de ninguna manera voy a aceptar una negativa. Con Mónica gerenciándome y con vos cuidando mi dinero voy a estar en el mejor de los mundos.

Y así siguiendo, pasando como una aplanadora por encima de mis balbuceos y de mis objeciones.

-Pero vos seguramente llamabas para hablar con Mónica, y yo estoy en plena faena, laburando para ustedes. Esperá que te la llamo. A ver cuándo venís y hablamos.

Así estaban las cosas. Ni el más mínimo margen de maniobra. Todo se reduciría a lograr sentirme cómodo estando perfectamente empaquetado. Compareció Mónica al teléfono, como siempre con el perfil más bajo imaginable.

-Hola –dijo.

-Hola, Mónica. Tenemos que hablar. En cancha neutral.

-Bueno.

De aturullado que soy -¡válgame Dios!- la cité en la misma whiskería en la que me había citado Quilone.

Mónica se veía completamente relajada. Realmente había renovado todo su vestuario con un buen gusto que me costaba atribuirle. Le bailaba en los labios la sonrisa del que llega al momento crucial seguro de que todo se habrá de saldar de la manera que más le conviene. Realmente se veía encantadora y etérea. Por no ser menos la recibí tomándole la mano e inclinándome caballerescamente para besársela. En realidad, siendo un tipo formal, como soy, aquel encuentro decisivo para mí no dejaba de ser una instancia solemne. Mi gesto la puso coloradísima. De todas maneras abrí el juego sin pelos en la lengua.

-¿Puedo preguntarte cómo va tu divorcio?

-Ya está la sentencia. Nos la van a comunicar en estos días –dijo, muy tranquila.

Me descolocaba un poco su soltura. Traté de hacerme fuerte en la ironía.

-¿Y a partir de cuándo vas a dejar de verlo regularmente?

Touchée. No pudo evitar que se le notara la sorpresa. O bien no había visto a Quilone en los últimos días, o bien lo había visto pero él no le había contado nada de nuestro encuentro, o bien él le había contado de nuestro encuentro pero no le había dicho que me había contado que se veían. En este caso la pregunta era qué precisamente le había contado de nuestro encuentro. Sorprendida, Mónica se retrajo hacia su perfil bajo habitual. Se puso a doblar y doblar una servilleta de papel.

-Puedo dejar de verlo... –dijo al llegar al último doblez posible, y agregó, con un tonito entre indiferente y ambiguo- ...si para vos es importante.

Mano dura, mano dura, me dije y me repetí.

-¿Cogen? –pregunté, como para llenar un formulario.

Se pensó bien la respuesta, mirándose las manos. Se mordió un poco el labio inferior.

-Si –dijo.

Me sorprendió su sinceridad. En realidad esperaba que, fuera cual fuera la verdad, me respondiera que no. No hay que hacer preguntas cuya respuesta se prefiere no oír. Opté por seguir adelante, como si nada.

-¿Por qué siguen, si se divorcian?

Era obviamente una pregunta estúpida. Propia de alguien que desconoce la naturaleza de las pasiones humanas. Mónica se tomó su tiempo para responder.

Respondió negando despacito con la cabeza.

-No ¿qué? –pregunté, seco.

Se encogió de hombros.

-No puedo... no sabría decírtelo.

Ahí estaba finalmente la Mónica de siempre, encogida dentro de su caparazón. Me dio rabia.

-Siguen cogiendo... pero podrías dejar de verlo... –resumí, como chequeando las contradicciones de un declarante.

-No... es decir... podría... si para vos es importante.

-O sea –insistí, irritado por sus subterfugios de mosquita muerta- ¿podrías... o vas a dejar de verlo?

-Voy a dejar de hacerlo –dijo, con la convicción con la que una adolescente le puede decir a su confesor que va a dejar de tocarse.

Me parecía estar parado haciendo equilibrio encima de un flan.

-¿O preferirías que no me importara si cogés o no con él? –pregunté, ya francamente irritado.

Me miró. Escudriñó mi mirada. ¡Comprendí que estaba preguntándose si le estaba ofreciendo una opción real! Como no encontró una respuesta a su pregunta, no respondió a la mía.

El cariz de nuestro diálogo me tenía totalmente desconcertado, seguramente que tanto como a ella la había desconcertado que yo supiera de sus visitas posconyugales a Quilone. Pensé que en realidad Quilone podría no haberme dado la información de que se veían. Dármela y luego decirme que tuviera mano dura con ella era casi una redundancia. Me estaba dando la mejor de las excusas para ser duro con ella, aunque – recordé- no hubiera dicho toda la verdad, ya que vagamente había negado que siguieran teniendo sexo.

Nada estaba claro: ni lo que Quilone había buscado en nuestro encuentro ni lo que Mónica esperaba de nuestra relación. Lo único que tenía claro era que el freak Quilone había abusado de la mente de una jovencita hasta dejarla hecha esta especie de ser ambiguo y escurridizo.

-¿Rodolfo te dijo que nos vemos? –preguntó, quedito.

-Te imaginarás que no puse un detective a seguirte.

-¿Qué más te dijo?

-Me contó de los diez años de plazo...

Estaba furioso como un Atila, dispuesto a quemar todo a mi paso.

....y me dijo que hay que tratarte con mano dura.

Levantó la cara. Me miró a los ojos. Negó con un gesto.

-No... –musitó.

-No ¿qué?

-No puedo contestarte a esa pregunta...

-No te estoy preguntando nada. Él me dijo que lo hiciera y yo comprobé que da resultado.

Se puso colorada. Muy colorada. Ocultó la mirada. Se mordió otra vez el labio inferior. Intuí que no se ponía colorada de vergüenza sino de excitación. Y una vez más su excitación me excitaba.

-Comprobé que obedecés.

Me lanzó una mirada de reojo. La mirada de un perrito que teme el enojo de su dueño.

-Que te dejás –dije, con saña.

Otra vez estaba zambulléndome de cabeza en el morbo. La veía callada y quieta esperando mi capricho. La hija de los González, de la que siempre permanecí tan ajeno, que nunca me importó nada. Una situación incomprensible y vertiginosa. Lejos de permanecer indiferente al poder que ella ponía en mis manos, el poder de usarla a mi capricho, ese poder me excitaba, me invitaba a utilizarlo de las maneras más morbosas, de maneras que, sabía de antemano, me avergonzaría recordar. Aunque quisiera evitarlo, no podía. Tenía que ceder a la abyección. Desde las sentinelas de mi modosa y convencional educación erótica una idea vulgar y grosera se abrió camino en mi mente, la dejé fluir hacia la punta de mi lengua.

-Andá al baño y sacate la bombacha –dije tranquilamente, como si hiciéramos a menudo este tipo de cosas.

Sin dudar, sin mirarme, se paró y fue, prestamente. Lo suyo era eso, recibir órdenes, cumplirlas, plegarse a caprichos. Mirándola ir la cabeza me funcionaba a mil. Me pregunté si ese sería el único tipo de relación que podría tener con Mónica. No, me dije, es una mujer inteligente y culta, ama su trabajo, y debajo de esta pasividad oculta su carácter. En el momento en que tiene que aflorar, aflora. Más bien me parecía que, para acceder a ella realmente, me era necesario pasar por esta prueba, por esta especie de test de afinidad, por decirlo de alguna manera. Y para eso, para el cumplimiento de esa instancia era que Quilone había puesto para mi beneficio el dedo en la llaga señalándome el camino entre Escila y Caribdis.

-Mostrámela –dije apenas hubo regresado.

Abrió la cartera y me mostró la puntilla color lila.

-¿Te tocaste en el baño?

-No –dijo bajito, sin mirarme.

-¿Segura?

-Sí.

Y entonces, mirándome a los ojos, como protestando sumisión, agregó:

-No me dijiste que lo hiciera.

Sus palabras terminaron de erectarme.

-Hacelo ahora –dije con la voz ronca por la emoción. La excitación me había llegado a la garganta.

-¿Aquí o en el baño? –preguntó muy tranquila, simplemente necesitada de precisión.

-Aquí.

Miró a un lado y a otro. Estábamos en un rincón del local, ella de espaldas a la escasa concurrencia. Nadie la vería. Bajó una mano hacia su regazo, fuera de mi vista. Dejó la otra sobre la mesa. Acomodó el cuerpo apoyando la espalda contra el respaldo de la silla. Ocultaba la mirada mirando hacia su regazo. Miraba seguramente lo que estaba haciendo. Respiró hondo un par de veces, sus hombros se aflojaron. Apoyando también la espalda miré debajo de la silla. Vi sus pies muy separados. El embotamiento de la voluptuosidad me ganaba. La erección empujaba contra la tela del pantalón.

-Mirame –dije.

Obedeció y me miró. Me miró sin verme. Jadeaba ya cerca de la crisis. Su mirada resbalaba sin poder fijarse en mi mirada, como la de un borracho. Por momentos cerraba los ojos. Al alcanzar el orgasmo, para disimular el estremecimiento hizo un movimiento como de acomodarse en la silla, poniendo los codos sobre la mesa y apoyando el mentón sobre las manos. Vibraba. Miré sus pies, los había cruzado y apretaba las piernas. Se fue aquietando. Si me hubiera rozado con la mano la erección hubiera estallado.

-¿Cómo estuvo? –pregunté, amable y delicado.

-Bien.

Respiró hondo y agregó:

-Pero no fue la primera vez que hice esto, aquí.

Vio mi desconcierto.

-Lo hice acá, para él. En aquella mesa.

Me sostuvo la mirada. Desafiante. Estudiando mi reacción. Me pregunté quién mandaba y quién obedecía. ¿Ella me obedecía, o yo a ellos? En el fondo todo aquello era un juego perverso de Quilone.

-Hay una amueblada a la vuelta de esta manzana –dijo mirándome a los ojos. Sabía lo que yo pensé al oírla decir eso: que ahí habían ido con Quilone. Asentí suavemente con la cabeza.

-Vamos –dije. El libreto estaba escrito y había que seguirlo hasta el final.

Salimos. Caminamos sin apuro. Rodeé con mi brazo su cintura, dejé que mi mano se deslizara hasta descansar sobre sus nalgas. Creo –absurdo pero me temo que cierto- que lo hice en plan gallito, como para marcar a los ojos de quien nos viera el carácter absoluto de mi propiedad sobre su cuerpo, pero –comprendí de inmediato- en realidad le estaba dando a ella el placer de extremar su sumisión, al aceptar ser magreada en plena calle a media tarde. Le acaricié las nalgas con la mano bien abierta. La ausencia de la ropa interior terminó de incendiarme. Hundí los dedos entre sus nalgas. No hizo nada para moderar mis ímpetus. Si la amueblada estaba llena o en huelga iba a cogérmela de parado en cualquier rincón o en el baño de un boliche.

¿Cómo sabía Mónica que había una amueblada a la vuelta de la esquina? ¿Porque había venido con él? ¿O porque había venido con alguien a quien él –como a mí- había adiestrado para conquistarla? Poco me importaba. Estaba enceguecido. Lo único que quería, finalmente, era cogérmela. Después me haría cargo de las circunstancias, y de las consecuencias.

En la habitación, sin mediar palabra, empecé a desnudarme. Ella hizo lo mismo. Era delgada, las tetas eran pequeñas, pero las caderas amplias. Se tendió de través sobre la cama, boca abajo, apoyada sobre los codos. Se recogió el pelo, corto como lo tenía, dejándome ver su cuello, su nuca, que me ofrecía como complemento del plato principal: sus nalgas. Quizá por la intensidad del magreo en la calle pensó que eso era lo que yo quería: su vía angosta. Le separé las piernas, le separé las nalgas. Ella se abrió más aún, generosa en la entrega. Toqué la vulva. Separé los labios con el dedo medio. Estaba empapada. Me dispuse a metérsela. La tenía tan dura que me dolía, y me parecía que la tenía más larga que nunca.

-Esperá –dijo.

Tomó una almohada y se la puso debajo del vientre para facilitarme el acceso. Con una rodilla a cada lado de sus muslos me incliné para penetrarla. Torpe por la excitación apoyé la punta del miembro entre sus nalgas, apenas un momento.

-Así no –dijo.

No entendí que quería decir. Estiró un brazo y tomó su cartera. Pensé que iba a sacar un condón. Pero sacó un potecito de crema para las manos y me lo dio. Creyó que quería cogerla por el culo. Y, por supuesto, accedía. Pero no era eso lo que yo buscaba. No es eso lo mío. Lo he probado, por supuesto, pero no es lo mío. Al hacerlo había sentido que aquello estaba mal, que no tenía sentido utilizar equivocadamente las vías del cuerpo. Me pareció desagradable manchar mi cuerpo, y soltar la semilla de la vida

en un basural. Cosas así. Pero ahora, con el pote en la mano, de pronto quise eso. Quise lo abominable. Sentí que estaba bien cogérmela así, por el culo. Que era la manera adecuada de comenzar nuestra vida sexual.

Mónica, apoyada otra vez sobre sus codos, la cabeza hundida, se recogía el pelo otra vez, mostrándome la nuca. Esperando que se lo hiciera. En realidad, eso fue lo que me hizo perder el control: el cuello, la nuca. Expuestos. Me embadurné con la crema la punta del miembro. Mónica movía la masa de cabello para un lado y luego para el otro, desnudando una y luego la otra oreja. Abrí las nalgas. Su ojete era raro. Parecía no tener mucosa, como si la blanca piel se abismara anudándose en el remolino del ojete. Lo embadurné con crema.

-Adentro. Poneme crema adentro.

Hundí el dedo índice. Era absurdo y desagradable. ¿Qué hacía yo en esa amueblada de cuarta, hundiéndole el dedo en el culo a la hija de los González? Era una cosa como infantil. De niños. El culo. Meterle un dedo en el culo era algo que podríamos haber hecho cuando éramos niños. Ahora era absurdo y repugnante. Pero nada en el mundo iba a impedir que le hundiera ahí el miembro. ¿Quién mandaba y quién obedecía? Ella mandaba. Ellos.

-Dos –dijo, quedito.

No entendí. ¿Qué había dicho? ¿Dos o vos? Vos ¿qué?

-Dos dedos –dijo-. Meteme dos dedos.

Quedé paralizado. ¿Eso quería? ¿Para qué? Giró la cabeza un poco para hablarme por sobre el hombro.

-Meteme dos dedos, para que se afloje.

-Te voy a lastimar –protesté, ignorante.

-No te preocupes. Yo sé. Ya cogí así.

El tono, la actitud putasca, didáctica. Me superó. Recordé mi experiencia anterior –y única- en la materia. Había sido toda una historia de sufrimiento, y llanto. Mónica se lo tomaba con espíritu deportivo, totalmente relajada, muy a gusto. Embadurné también el dedo medio. Poniendo los dos dedos tan en cuña como pude, arremetí. Para mi sorpresa el ojete se le abrió como una boca ávida y los dedos se deslizaron dentro. Ignoraba hasta qué punto el ano es elástico. Mónica suspiró y un gemido de placer se le escapó de la garganta. Si podía hundir completamente dos dedos, el miembro iba a penetrar sin problema. Los retiré y puse la punta sobre el ojete. Con mis manos apoyadas sobre la

cama a ambos lados de su cabeza, nuestro único punto de contacto era ese. Empujé con las caderas y el glande entero, de una vez, desapareció cuerpo adentro.

-Sí –suspiró-. Dale, seguí.

Me sentía como un insecto enorme y repugnante clavando el aguijón en su presa. Empujé con las caderas y el largo se deslizó con facilidad cuerpo adentro. No era hacer el amor, ni era coger, era clavársela, metérsela en el culo. Mónica, completamente relajada, ronroneaba de placer. ¿Por qué así, por qué de esta manera sucia y estéril? pensaba mientras terminaba de clavarle todo lo que tenía para clavar. Después solté el cuerpo. Olvidé la mierda. Empujé y empujé hasta que sentí que de mi piel brotaba un sudor frío. Pensé que no se coge una vagina con la saña que sentía crecer en mí con cada puntazo. Coger un culo es humillar, acanallarse, independientemente de que el otro se deje o que se le haga a la fuerza. No pude con esta idea. No pude con Mónica aquiescente, pasiva, entregada a la ignominia del acto. Disfrutando de la abyección a la que se entregaba. Metió una mano debajo del cuerpo hasta alcanzar su entrepierna. Mónica es delgada y elástica. Se estiró y se retorció hasta que con las uñas alcanzó a rozar el borde dilatado del ano, y el largo del miembro, retirándose y volviendo a hundirse. Con el filo vicioso de una uña consideraba morosamente la porción del largo que le hundía una y otra vez, viciosamente en la carne. Después se masturbó. Con ganas. Acabó enseguida con una estremecimiento de todo el cuerpo y un grito ahogado de placer. Le mordí un hombro y luego el otro. Con cada mordida temblaba y gemía. Mi cuerpo de insecto monstruoso empezó a tensarse, mi sudor comenzó a gotear sobre su espalda.

-Me voy –mascullé.

-No, esperá –pidió.

Me detuve, me concentré en frenar el orgasmo. Derrapé y estuve a punto de dejarme ir, pero conseguí frenar.

-¿Qué, qué pasa? –pregunté, jadeando.

-Quiero decirte algo, así, ahora –dijo.

-¿Qué?

No hablaba. No veía su rostro. Pero me parecía, por la respiración entrecortada, que buscaba las palabras y no las encontraba. Yo no estaba para aguantar ningún suspenso.

-No puedo esperar. Después hablamos –dije dispuesto a retomar la cogida.

-No. Esperá. Quiero decírtelo así.

Me desconcertaba, me irritaba y un poco me asustaba su determinación de hablarme justo en ese momento. Entonces lo dijo:

-Tus padres, y los míos... intercambian parejas.

-¿Qué? ¿Estás loca? –pensé que era una broma. Insólita, inoportuna pero digna de risa.

-No estoy loca. Papá me lo contó hace unos días. Estaba borracho. Tan borracho que creo que ni se acuerda de habérmelo dicho. Mi padre y tu padre compartieron entre ellos sus esposas. Desde que se conocieron cuando éramos chicos, hasta hoy.

-No te creo –dije.

Pero sí le creía. Increíblemente sí le creía. Como si la última pieza del rompecabezas, la pieza faltante, de pronto apareciera, y ajustara perfectamente, y revelara la verdad de la figura. Y precisamente porque ajustaba perfectamente, la verdad que revelaba no podía en realidad sorprenderme.

Mónica metió otra vez la mano por debajo del cuerpo. Volvió a masturbarse. El secreto de los González y los Ferreira la excitaba. Jadeaba ya al borde del orgasmo.

-Cogeme. Dámela –pidió.

Yo había caído lejos del orgasmo, pero tenía la erección intacta. Arremetí otra vez contra el culo de Mónica. Mónica acabó con un gemido como de niñita pequeña. Duro como hierro yo estaba disfrutando a fondo la cogida, lejos del orgasmo.

-¿Te calienta que lo hicieran? –le pregunté.

-Un poco-susurró, laxa, completamente floja-. Me parece bien. Y como que hace inevitable que nosotros... ¿A vos te calienta?

-No lo sé. No lo puedo creer. No me entra en la cabeza.

-Para mí es más fácil imaginármelos cogiendo con tus padres que cogiendo entre ellos.

-Es natural –coincidí.

Comenzaba a acercarme otra vez al orgasmo. Sentí de pronto ternura hacia Mónica. En el fondo, definitivamente, éramos como hermanos. Le besé los hombros, sobre las marcas de mis mordidas.

-Acabá –pidió.

Sí, era lo que yo quería, ya estaba allí. La cogí ya con dulzura, besándola en el cuello, buscando el contacto de todo el cuerpo.

-Así, así –susurraba-. Qué delicia, venite, Ernesto.

Me vertí en lo profundo. Sentí que me abría como un grifo y que el semen fluía dentro de su cuerpo como en chorro, que me vaciaba como un globo que pierde el aire. El final del orgasmo fue como un golpe de viento feroz que me lanzara al vacío. Tironeé del cobertor para cubrir nuestros sudores helados. Sepultado en su cuerpo, mi miembro seguía rígido cuando perdí la conciencia.

Una sonrisa divertida bailaba en sus labios. Sí, divertida, con algo de infantil, de inocente.

-¿Qué es lo divertido? —pregunté tratando de sacudirme la modorra.

-Todo.

Sentía que la cópula había sido como el espejo de Alicia: a través de ella habíamos ido a dar a otro mundo. Parecido pero otro. Éramos otros. La sonrisa de Mónica se acentuó. Reía quedamente.

-¿Qué es lo divertido? —insistí, blandamente.

-Todo, ya te dije.

Apenas rozándome con la punta de los dedos me sacó el pelo de la frente. Atrapé su mano y la besé.

-Vamos —dije-. Dame un beso.

Se acercó despacito. Puso sus labios contra los míos. Era en realidad nuestro primer beso y fue dulcísimo. Nuestro primer beso fue después de coger, por el culo. Todo al revés. Estuvimos besándonos un rato largo. Acariciéndonos las bocas, conociéndonos los sabores, y las suavidades, y la ternura.

-¿Por qué me dijiste el gran secreto precisamente en ese momento?

-No se me ocurrió un momento mejor. ¿Vos qué hubieras hecho?

-Pero ¿por qué ese sería el momento mejor?

-¿No lo fue? —preguntó con una sonrisa pícara-. ¿Vos cómo me lo hubieras dicho?

-Yo hubiera sido solemne —confesé-. Mierda, Mónica. Lo nuestro es casi un incesto ¿no?

-No sé. Pero sin duda que es raro. Es como si nunca fuéramos a salir al mundo, al mercado, como si para siempre nos fuéramos a quedar en casa, con nuestros padres.

¿No?

-¿Vos preferirías salir al mundo?

-No sé. Yo que sé. Quizá así sea mejor.

Le tomé la mano. Enlazó los dedos con los míos. Nos miramos a los ojos. Buscamos cada uno en los ojos del otro, como tratando de saber qué sentía el otro para saber qué sentir.

-Estamos bien así ¿no? –dijo, suavecito.

-Yo creo que sí –respondí, sintiendo que aquella paz, aquel entendimiento final e inesperado, en realidad había estado escrito desde siempre. Y que habíamos tardado una enormidad en comprenderlo.

-Papá y Sofía, imaginate –dijo y soltó una risita casi silenciosa.

-Un hombre de buen gusto Raúl.

-¿Y Pedro con Mariana?

-Mi padre es por sobre todas las cosas un tipo bueno.

-No seas malo.

No quise mirarme el miembro –ni quise que me lo viera- por si lo tenía manchado.

De manera que salí de la cama haciendo algunas convenientes contorsiones. Me lo enjaboné con los ojos cerrados. De pronto empecé a comprender de qué modo la quería Quilone. Todo es según el color del cristal con que se mira. Había vivido la relación con ella pero le había ahorrado las miserias de su vejez. No debió de ser fácil ponerle un plazo a la relación, y luego dejarla ir –o más bien, obligarla a irse. Y sin duda había comprendido la peculiar sexualidad de Mónica. Y sabiendo que el candidato ideal estaba a la vista no dudó en poner su conocimiento de Mónica al servicio del futuro esposo de su ex. Me dieron ganas de reírme a carcajadas. Era como si de pronto hubiera sido retirado un velo de delante de mis ojos y la bondad esencial del alma humana me hubiera revelada en todo su esplendor. Sentí que me llenaba el corazón una especie de amor ecuménico.

Quizá debido al peculiar momento que Mónica eligió para compartirlo conmigo, conocer el gran secreto no me afectó negativamente, ni entonces ni después. En realidad no tenía por qué afectarme. Era asunto de ellos, y si habían sido tan discretos y prolijos en sus tejes y manejos nadie tenía nada que reclamarles. Por cierto que había sido el secreto mejor guardado de que yo tenga noticia. Me pregunté si yo sería capaz de tal discreción. Difícilmente. La cosa había durado décadas. Podría decirse que había sido un matrimonio de cuatro. ¿Alguna vez habrían tenido la tentación de vivir juntos? ¿O sabían con total certeza cuál exactamente era la dosis de adulterio consensuado que necesitaban en sus vidas para ser felices? ¿Cómo pudieron conservar durante tanto

tiempo entre los cuatro ese perfecto equilibrio? ¿O habrían tenido sus crisis? ¿Y cómo empezó la cosa: espontánea y simultáneamente? ¿O fue un acto racional y deliberado en el que pactaron el cruce de parejas? ¿O empezaron unos –pero cuáles- y los otros los descubrieron y los imitaron para compensar y equilibrar la relación? ¿Y los detalles? ¿Después de dormir a los niños Pedro sacaba el auto y se iba para Lezica mientras Raúl se venía para Punta Gorda? Increíble. Cuanto más lo pensaba más extraordinario me parecía el ménage. Habían sido un perfecto cuarteto, plácido y armonioso, durante décadas. Su interacción, hasta donde me había sido dado comprobarla, había sido tan armoniosa como la del más afiatado de los cuartetos de cuerdas que tanto disfrutaba Pedro. Traté de imaginarme a mi madre con Raúl. Sí, claro, en realidad me pareció una pareja perfecta. Tan buena como la de Sofía con Pedro. La dulce calma y sensatez de Sofía se ajustarían perfectamente con lo opuesto –el carácter impulsivo, volcánico de Raúl- o con lo mismo –la parsimonia bonachona de Pedro. ¿Y la urraca Mariana? Siempre tuve la impresión de que Raúl la escucharía sin oírla hasta callarle la boca con una réplica irrefutable. Seguramente que el bueno de Pedro, por el contrario, respondería pacientemente a su parloteo, hasta el agotamiento. Sí, realmente, estaban hechos los unos para los otros. Tomé la decisión de no revelarles que conocía su secreto. Si su idea es llevárselo a la tumba, ese es su derecho. Si algún día se les ocurre legarme su experiencia, pues bien, entonces tendré acceso a los detalles de su extraordinaria vida amorosa.

Durante los pocos meses que duró nuestro noviazgo Mónica me fue haciendo conocer los placeres, numerosos y rebuscados, que aprendió con Quilone. En algunos encontré un ángulo estimulante, en otros la acompañé por pura solidaridad. No dejó de ver a Quilone. Lo sé porque me lo dijo. Yo no le pedí que dejara de verlo. Para mí, simplemente, cada tanto Mónica visitaba a un viejo amigo, o a una especie de terapeuta, o de gurú. Nunca sentí que esas visitas afectaran a –o incidieran en- nuestra relación.

En nuestra fiesta de bodas, ya bastante pasado de copas, Raúl, poniéndome frente a la nariz, amenazante, uno de sus dedotes, me espetó con su vozarrón, sin importarle si alguien más lo oía: “Ponémela a parir ya”. Vació su vaso lleno de whisky de un solo trago e insistió: “Esta misma noche”. Así lo hice. En cuatro años produjimos tres bellezas –una nena y dos nenes- que son la felicidad del cuarteto. La gran novedad es que están conspirando para comprar un caserón –hay un estira y afloja respecto de si en el este o en el oeste de la ciudad- en el que vivamos todos juntos.

Durante los primeros años de mi matrimonio seguimos viéndonos con Camila. A pesar de sus muchas ilusiones respecto de mi persona, cuando le expliqué comprendió que Mónica era mi destino. No le dije a Mónica –no sé por qué- que conservaba la relación con Camila. Un buen día Camila me comunicó que iba a casarse. Con un muchacho serio y de buena familia, gerente en el súper en el que ella trabajaba. Me pidió que fuera a echarle un vistazo al candidato. Lo hice y no pude sino aprobar su elección. Por decisión de ella dejamos de vernos. Hace unos días me la crucé en el shopping. Se veía muy bien. Ya había tenido su primer hijo. Me dijo que era muy feliz en su matrimonio. Quedamos en volver a vernos. Si reiniciamos sí se lo voy a contar a Mónica.

-----